



Becaría
y
sumisa
de un
abogado
maduro

D.J.57

FERNANDO NEIRA
(GOLFO)

Becaria
y
sumisa
de un maduro abogado

Fernando Neira (GOLFO)

BECARIA Y SUMISA DE UN MADURO ABOGADO

© L.F.S.B.

Editado por sexomio.com

FOTO PORTADA POR J.J.

Impreso en España 2018Internet:

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización del propietario del copyright, bajo las sanciones previstas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución.

ÍNDICE

[Introducción.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo.](#)

El inicio de esta historia se desarrolla en el piso treinta y seis de la torre Agbar, el rascacielos más famoso de Barcelona, dentro de uno de los bufetes de abogados más importante de todo el estado. Josep Lluís Cañizares, uno de sus socios llevaba todo el día estudiando una denuncia contra uno de sus clientes y por mucho que intentaba encontrar una vía con la que este saliera inmune, le estaba resultando imposible. Por ello desesperado, decide ir a ver a su jefe. Como tantas veces al entrar en su despacho comprobó que enfrascado en sus propios asuntos y que por ello no le hacía caso:

—Albert, el pleito de la farmacéutica no hay por dónde cogerlo. Son culpables y sería un milagro que no les condenaran.

Su superior, un hombre de cincuenta años y acostumbrado a lidiar con problemas, levantó su mirada y pidió que le explicara el porqué.

Josep era el más joven de los socios del despacho y sabía que su puesto seguía en el alero. Cualquier tropezón haría peligrar su carrera y por eso tomando asiento, detalló las evidencias con las que tendrían que lidiar en el juicio.

Después de diez minutos de explicación, el cincuentón se ajustó la corbata al cuello y de muy mal humor, soltó:

—Serán imbéciles, ¡cómo es posible que hayan sido tan ineptos de dejar pruebas de ese vertido!

La rotundidad de los indicios haría que el caso tuviera un desenlace previsible y funesto. Su colaborador tenía razón. ¡Era casi imposible que su cliente se librara de una multimillonaria multa!

— ¿Qué hacemos? Se lo decimos y que intenten pactar un acuerdo.

Albert Roser, tras meditar durante unos minutos, aclaró su voz y respondió:

—No es planteable por sus consecuencias legales. Además de la multa, todo el consejo terminaría en la cárcel. ¡Hay que buscar otra solución! ¡Esa compañía es nuestra mayor fuente de ingresos!

Fue entonces cuando medio en broma, su subalterno respondió:

—Como no compremos al fiscal, ¡estamos jodidos!

Sus palabras lejos de caer en saco roto hacen vislumbrar una solución en su jefe y soltando una carcajada, respondió:

—Déjame pensar, seguro que ese idealista tiene un punto débil. En cuanto lo averigüe, ¡el fiscal es nuestro!

Mientras eso ocurría, a ocho kilómetros de allí, Julia Bruguera, una joven estudiante de último curso, estaba jugando al tenis en el Real con una amiga. Para ella, ese selecto club era un lujo porque no se lo podía permitir al no tener trabajo ni visas de conseguirlo. Por eso cada vez que Alicia la invitaba, dejaba todo y la acompañaba.

No llevaban ni cinco minutos peloteando cuando sin darle importancia, la rubia comentó:

—Por cierto, mi padre me ha contado que en un bufete andan buscando una becaria para que trabaje con ellos.

— ¿Cuál? — preguntó la morena francamente interesada.

—Si te digo la verdad no lo sé, pero espera que le pregunto.

Tras lo cual, cogiendo su móvil, llamó a su viejo. Julia esperó expectante mientras su amiga tomaba nota del nombre y de la dirección.

—Se llama Roser y asociados, están en la Torre Agbar.

Al escuchar de boca de Alicia que el despacho que andaba buscando abogadas en prácticas era ese dijo a su amiga que se acababa de acordar que tenía una cita y poniéndose una camisa, se fue directamente a casa para cambiarse.

«Ese puesto tiene que ser mío», sentenció y sin dejar de pensar en las oportunidades que ese puesto le brindaría para un futuro, tomó la Diagonal.

Veinte minutos después estaba aparcando frente a su casa en un barrio de Esplugas de Llobregat. Ya en su piso, sacó de su armario el único traje de chaqueta que tenía al saber que la vestimenta era importante en todas las entrevistas.

«Ese lugar debe estar lleno de ejecutivos con corbata», se dijo mientras

involuntariamente se excitaba al pensar en todos esos expertos abogados con sus trajes.

Mientras se retocaba frente al espejo, la morena advirtió que se le notaban los pezones a través de la tela y por un momento dudó si cambiarse, pero desechó esa idea al imaginarse a su entrevistador entusiasmado mirándola los pechos.

«Joder, estoy bruta», reconoció mientras salía rumbo a ese despacho.

El tráfico estaba imposible esa mañana y por eso no fue hasta una hora después cuando se vio frente al imponente edificio.

«¡Quiero trabajar aquí!», pensó al entrar al Hall y comprobar que estaba repleto de ejecutivos.

Sabiendo que si se quedaba ahí observando a los miembros de esa tribu iba a volver su calentura, buscó un ascensor y tras marcar el piso donde iba, se plantó frente a la recepcionista. La mujer habituada a que aparecieran por ahí todo tipo de personas, la miró de arriba abajo y le preguntó que deseaba:

—Vengo por el empleo de becaria.

Educadamente, sonrió y le respondió:

—Señorita, siento decirle que ya no está disponible.

El suelo se desmoronó bajo sus pies al ver sus esperanzas hundidas. Durante unos segundos estuvo a punto de llorar, pero sacando fuerzas de su interior, rogó a la cuarentona que al menos la recibiera alguien de recursos humanos para poder darle su “ridiculum vitae”.

Por fortuna, justo en ese momento pasaba uno de los miembros del bufete que habiendo oído la conversación se paró y preguntó que pasaba:

—Una amiga me dijo esta mañana que tenían un puesto en prácticas, pero por lo visto llego tarde.

El socio le echó una mirada rápida y tras admirar la belleza de sus piernas y el sugerente escote que lucía, le pidió que pasara a su despacho.

— ¿Disculpe? — preguntó la muchacha sin entender a que venía esa invitación.

— ¿No has venido por un trabajo? — respondió— El de becaria está ocupado, pero no el de una asistente que me ayude con todo el papeleo — y tomando acomodo en su sillón, hizo que la morena se sentara frente a él.

Mientras Julia no se podía creer su suerte, Albert Roser cogió el curriculum y lo empezó a leer sin dejar de echar con disimulo una ojeada a la cintura de avispa de la cría:

—Veo que tienes poca experiencia.

La morena se sintió desfallecer, pero como necesitaba el trabajo contestó:

—Realmente no tengo ninguna, pero ganas no me faltan y sé que podría compatibilizar el puesto que me ofrece con el máster que estoy terminando...— nada más decirlo se dio cuenta que había metido la pata y consciente de las miradas de ese maduro cambió su postura con un cruce de piernas para que ese tipo pudiera admirar la tersura de sus pantorrillas mientras rectificaba diciendo: —...no tengo problema de horario y estoy dispuesta a trabajar duro todas las horas que hagan falta.

Albert embelesado por las piernas que tan claramente esa muchacha exhibía respondió:

—No pagamos mucho y exigimos plena dedicación.

—No hay problema— replicó la joven mientras con descaro separaba sus rodillas en un intento de convencer a su entrevistador regalando la visión de gran parte de sus muslos —mis padres me pagan el piso y gasto poco.

Aunque realmente no la necesitaba el cincuentón decidió que si bien esa preciosidad puede que no sirviera como abogada al menos decoraría la oficina con su belleza y si como parecía encima se mostraba tan dispuesta, pudiera ser que al final sacara en claro un par de revolcones en la cama.

Por eso sin pensar en las consecuencias, respondió:

—Mañana te quiero aquí a las ocho.

Sorprendida por lo fácil que le había resultado el conseguir el puesto, Julia le dedicó una seductora sonrisa y tras despedirse de su nuevo jefe, moviendo su trasero salió del despacho.

Al despedirla, Roser se quedó mirando esas dos nalgas bien paradas y duras producto de gimnasio y mientras intentaba concentrarse en los papeles, no pudo dejar de pensar en cómo sería la cría como amante:

— ¡Está buena la condenada!

Ya sin testigos, cogió el teléfono e hizo una serie de llamadas preguntando por el fiscal, pero no fue hasta la séptima cuando un amigo le insinuó que ese

tipo estaba secretamente enamorado de la secretaria de un magistrado del Tribunal Superior de Justicia. Esa confidencia dicha de pasada despertó sus alertas y queriendo saber más del asunto, preguntó quién era esa mujer:

—Marián Antúnez.

Al escuchar el nombre le vino a la mente la espléndida figura de esa pelirroja. Durante años cada vez que la había ido a ver a su jefe, había babeado al observar el estupendo culo de su ayudante. Las malas lenguas decían que era corrupta pero como nunca había tenido ningún motivo para comprobarlo, no tenía constancia de si era cierto.

«Tengo que hablar con ella», se dijo y tomando el toro por los cuernos, llamó al tribunal en el que trabajaba y directamente la invitó a comer.

La mujer acostumbrada a todo tipo de enjuagues comprendió que ese abogado quería proponerle algo y por eso en vez de aceptar una comida prefirió que fuera una cena. Su interlocutor aceptó de inmediato y quedaron para esa misma noche.

Al colgar, Albert sonrió satisfecho porque estaba seguro de que un buen fajo de billetes haría que ese bombón obligara a su enamorado a plegarse a los intereses de la farmacéutica....

Con un sentimiento ambiguo Julia llegó a su apartamento. Por una parte, estaba contenta e ilusionada por haber conseguido un trabajo, pero por otra se sentía sucia por el modo en que lo había conseguido. Sabía que su futuro jefe no se había decantado por ella gracias a sus notas y que el verdadero motivo por el que le había ofrecido el puesto era por el exhibicionismo que demostró mientras la entrevistaba.

«No me quedaba más remedio», se disculpó a sí misma por usar ese tipo de armas, «pero una vez allí podré convencerle de que no soy solo una cara bonita».

Al recordar cómo se le había insinuado y la mirada de ese maduro recorriendo sus muslos mientras trataba de disimular conversando con ella, avivó el ardor que sentía entre las piernas desde entonces.

«Joder, ¡cómo ando!» se lamentó reconociendo de esa manera la calentura que experimentó al sentir los ojos de ese cincuentón fijos entre sus patas. Y no era para menos porque sabía que era algo que no podía controlar. Cuando sentía que un hombre la devoraba con la mirada, sus hormonas entraban en ebullición e invariablemente su coño se mojaba.

«Necesito una ducha», se dijo al sentir que nuevamente entre sus piernas crecía su turbación.

En un intento por sofocar ese incendio, se quitó el traje que llevaba y ya desnuda, abrió el grifo para que se templara mientras en el espejo comprobaba que, a pesar de sus esfuerzos, llevaba los pezones erizados.

«Tengo que aprender a controlarme», pensó molesta al meterse en la ducha y tener que aceptar mientras el agua caía por sus pechos que no podía dejar de pensar en ese tipo que sin ser un don Juan la había puesto tan caliente.

Reteniendo las ganas de tocarse, se lavó el pelo tratando de hacer memoria de la primera vez que se sintió atraída por alguien como él.

«Fue en clase de filosofía del derecho mientras don Arturo nos explicaba que el monopolio de la violencia era una de las características de los estados modernos», concluyó mientras rememora que estaba embobada oyéndole cuando de pronto empezó a sentir por ese enclenque una brutal atracción que la dejó paralizada.

«Joder, ¡cómo me puse!», sonriendo recordó su sorpresa al sentir que le faltaba la respiración mientras el catedrático explicaba a sus alumnos los enunciados de Max Weber y como entre sus piernas comenzó a sentir una desazón tan enorme que solo pudo calmarla en el baño y tras dos pajas.

Esperando que la mascarilla hiciera su efecto, cogió la esponja y echándole jabón, comenzó a frotar su cuerpo mientras a su mente le venía la conversación que había tenido con un amigo que estudiaba psicología. El cual, tras explicarle su problema, sentando cátedra sentenció que sufría una variante rara del síndrome de Stendhal por la que, en vez de verse afectada por la belleza artística, ella se veía obnubilada por los discursos inteligentes.

El olor a vainilla que desprendía su gel favorito no colaboró en tranquilizarla y con una excitación renovada, se dio cuenta que involuntariamente estaba pellizcándose los pezones en vez de enjabonarlos.

—Buff— exclamó en la soledad de la ducha al no poder controlar sus dedos que traicionándola estaban presionando duramente las negras areolas que decoraban sus pechos.

Incapaz de contenerse, tiró de su pezón derecho mientras dejaba caer su mano entre sus piernas. Mirándose en el espejo semi empañado, vio cómo dos de sus yemas separaban los pliegues de su coño y buscaban entre ellos, el pequeño montículo que formaba su clítoris erecto.

La imagen la terminó de alterar y subiendo una pierna al borde de la bañera, concentró sus caricias en ese lugar sabiendo que una vez lanzada no podría parar.

«¡Dios!», gimió descompuesta al sentir como sus dedos se ponían a torturar el hinchado botón con una velocidad creciente.

Temiendo llegar antes de tiempo, salió de la ducha, se puso el albornoz y casi si secarse se tumbó en la cama donde le esperaba su amante más fiel.

— ¿Qué haría sin ti? — preguntó al enorme vibrador de su mesilla.

Tomándolo entre sus manos, lo acercó hasta su boca y sacando su lengua empezó a recorrer las abultadas venas con las que el fabricante de ese pene de plástico imitaba las de un pene real.

—Te quiero mucho, mi amor— le dijo viendo que ya estaba lo suficientemente lubricado con su saliva para que al terminar no tuviese su coño escocido.

Separando sus piernas, jugueteó con esa polla sobre su clítoris mientras se

preguntaba si su jefe tendría algo parecido. Soñando que era así, cerró sus ojos y se puso a imaginar que al día siguiente era el glande de ese maduro el que en ese momento estaba presionando por entrar dentro de ella.

— Jefe, soy suya— gritó en voz alta al irse incrustando lentamente esa larga y gruesa imitación en su interior.

La lentitud con la que lo hizo le permitió notar como los labios de su vulva se veían forzados por el consolador y como tantas veces, esperó a tenerlo embutido para encenderlo y sentir así la dulce vibración tomando posesión de ella como su feudo. En su mente no era ella la que daba vida al enorme trabuco, sino que era el ejecutivo el que lo hacía moviendo sus caderas de adelante para atrás.

No pudo más que incrementar la velocidad con la que se empalaba al escuchar desde su sexo el chapoteo que su querido amante producía cada vez que lo hundía entre sus piernas y con un primer gemido, dejó claras sus intenciones de llegar hasta el final.

«Llevo meses sin sentirme tan perra», pensó para sí al imaginarse que su futuro jefe se apoderaba de sus pechos y mientras se regalaba un buen pellizco, lamentó haber dejado en el cajón las pinzas con las que en ocasiones especiales castigaba sus pezones.

—Estoy en celo— murmuró al sentir que su cuerpo temblaba saturado de hormonas y mordiéndose los labios, incrementó el ritmo con el que su amado acuchillaba su interior.

—Joder, ¡qué gusto! — sollozó con los ojos cerrados al imaginar al maduro derramando su simiente por su vagina y con esa imagen en el cerebro se corrió...

Mientras dejaba su flamante Bentley en manos del aparcacoches, Albert Roser dudó al ver la suntuosidad del edificio modernista donde desde hacía un par de décadas estaba ese restaurant, si no se había equivocado al elegir el Windsor para esa cita. Porque no en vano además de saber que al menos tendría que desprenderse de un par de cientos de euros, el ambiente romántico de su terraza podía ser malinterpretado por esa mujer y creyera que sus intenciones eran otras.

Pero tras sentarse en una mesa al borde de la Carrer de Còrsega, decidió que, si llegaba el caso, haría el esfuerzo de acostarse con ese monumento de rizada melena roja:

«Lo que sea por el bien de mi cliente», hipócritamente resolvió pidiendo a Jordi León, el sommelier, que le aconsejara un vino.

— ¿Ha probado lo último de Molí Dels Capellans? Su Trepas del 2014 es excepcional.

—No y viniendo de usted, ese caldo debe ser algo digno de probar— estaba diciendo cuando su acompañante hizo su aparición a través de la puerta.

La recordaba atractiva pero esa noche la señorita Antúnez le pareció una diosa. Enfundada en un vestido de encaje casi transparente y adornada con joyas que harían palidecer a más de una, era impresionante. Y como buen observador, el delicado tejido completamente entallado a su cintura realzaba su atractivo dotándolo de un aspecto seductor que no le pasó inadvertido.

«Joder, ¡qué buena está!», murmuró mientras se levantaba a saludarla, «no me extraña que ese cretino esté colado. ¡Es preciosa!».

La pelirroja consciente de efecto que producía en el abogado y que los ojos de su cita no podían dejar de auscultar cada centímetro de su cuerpo, sonrió y con una sensualidad estudiada, se acercó y lo besó en la mejilla mientras le agradecía la invitación.

—Las gracias te las debería dar yo... no todos los días tengo el lujo de cenar con una belleza.

Bajando la mirada como si realmente se sintiera avergonzada, respondió:

—Exagera, aunque siempre es agradable escuchar un piropo de alguien como tú.

Aunque por sus palabras nada podía hacer suponer lo zorra que era, Albert supo que esa la mujer descaradamente se estaba exhibiendo ante él. No era solo que llevase un escote exagerado, era ella misma y como se comportaba. Por

ejemplo, al colocarse la servilleta sobre las piernas, se agachó de manera que le regaló un magnífico ángulo desde el que contemplar su pecho en todo su esplendor.

Era como si disfrutara, sintiéndose admirada. En su actitud creyó incluso descubrir que ella misma se estaba excitando al reparar que bajo su pantalón crecía un apetito sin control.

«Tengo que tener cuidado con esta arpía», Albert se repitió para que no se le olvidara el motivo por el que estaba ahí.

Del otro lado de la mesa, Marián estaba dudando que le gustaba más, si la magnífica merluza de pincho con asado de alcachofas que estaba sobre su plato o la cara de merluzo con la que ese alto ejecutivo la devoraba con los ojos y como no lo tenía claro, decidió preguntar por la razón de esa cena.

El cincuentón no se esperaba ese cambio de tema y más cortado de lo que le gustaría estar, contestó:

— ¿Extraoficialmente?

—Por supuesto— con tono dulce respondió mientras anudaba uno de sus dedos en su melena.

—Suponga que tengo un cliente al que un joven fiscal está metiendo en problemas y me entero casualmente de que ese idealista está secretamente enamorado de una mujer tan atractiva como ambiciosa.

Esa descripción no molestó a la pelirroja, la cual tampoco necesitó que le dijera el nombre de ese admirador para saber que estaba hablando de Pedro y mirando a los ojos a su interlocutor, contestó:

—Hipotéticamente hablando, si esa dama estuviera dispuesta a ayudar a su cliente, ¿qué tendría que hacer? Y ¿qué recibiría a cambio?

La franqueza con la que directamente se ofrecía a colaborar a cambio de dinero le confirmó que no era la primera vez que esa belleza participaba en ese tipo de acuerdos y tal y como había hecho ella, el abogado midió sus palabras al contestar:

— ¿Te he contado lo común que es que en un juzgado desaparezcan las pruebas? Conozco un caso en el que una caja llena de muestras de agua desapareció del despacho de un fiscal y cuando la parte defensora pidió un contraanálisis, se desestimó todo el expediente por la imposibilidad de contrastar los resultados del fiscal.

Habiendo lanzado el mensaje, Albert se puso a comer mientras su pareja hacía cálculos porque con solo esa información había averiguado de qué tema se trataba porque no en vano la última noche que había follado con Pedro, ese encanto no había parado de hablar de la multa que le iba a caer a una farmacéutica francesa.

«Una comisión lógica es del cinco por ciento y sobre veinte millones, estaríamos hablando de un kilo», pensó mientras producto de su avaricia los pezones se le ponían erectos bajo la tela.

Como buena negociadora, dejó transcurrir los minutos sabiendo que la espera empezaría a poner nerviosa a su contraparte y ya en el postre, tomando la mano de Albert entre las suyas, comentó:

—Sabes cariño, ayer estuve viendo en internet un apartamento en las Ramblas. Era precioso, luminoso y con unos ventanales enormes. Lo único malo era el precio, el dueño quería dos cientos mil de arras y otros ochocientos al firmar la escritura.

—Me parece un poco caro— respondió el abogado intentando negociar.

Entonces ante su sorpresa, la estupenda pelirroja le cogió la mano y poniéndola sobre sus piernas desnudas, con cara de putón desorejado, contestó:

—Ya sabes el boom inmobiliario, lo único bueno es que en la oferta se incluía la cama y no te haces una idea de lo maravillosa y suave que es.

—Lo supongo— contestó con su pene totalmente erecto al sentir la tersura del muslo que estaba acariciando y mientras intentaba calmar la comezón que tenía, llamó al camarero y le pidió una botella de cava con el que brindar.

Haciéndose la tonta y mientras separaba las rodillas dando mayores facilidades a los dedos que recorrían su piel rumbo a su sexo, preguntó que celebraban.

— ¿Necesitamos un motivo? Pues imaginemos que consigues el dinero— y levantando su copa, exclamó: — ¡Por tu nueva casa!

Marián sonrió al oír ese brindis y cerrando el acuerdo con un beso en los labios, permitió que las yemas de ese cincuentón tomaran al asalto el fortín que escondía entre las piernas.

Durante un minuto, la pelirroja disfrutó del modo en que Albert la masturbaba en público hasta que sintiendo que faltaba poco para que se corriera, decidió que era suficiente anticipo y retirando la mano del abogado, le dijo que esperaba noticias suyas tras lo cual y sin mirar atrás desapareció por la puerta.

«¡Será puta!» murmuró entre dientes el cincuentón mientras pedía una copa para dar tiempo a que el bulto de su pantalón no fuera tan evidente.

Saboreando el whisky de malta comprendió que a pesar de ese abrupto final la noche había resultado un éxito porque podía asegurar a su cliente una sentencia favorable a sus intereses siempre y cuando se aviniera a pagar dos millones de euros.

«Uno para mí y otro para esa zorra», se dijo mientras se imaginaba sodomizando a la pelirroja en un hotel. Lo malo fue que, al hacerlo, su calentura lejos de amainar se incrementó y pidiendo la cuenta, decidió que al salir iba a ir

al burdel de siempre donde una putita conseguiría apaciguar su incendio.

Veinte minutos después, estaba entrando en el discreto chalé convertido en tugurio. La madame, Alba “la extremeña”, lo recibió con unos abrazos reservados solo para los grandes clientes y sin que tuviera que pedir, mandó a la camarera que le pusiera un Macallan.

Apenas había acomodado su trasero cuando las putas empezaron a desfilar frente a él. Albert, conocedor experimentado de ese ambiente, decidió esperar a que todas las mujeres hubiesen modelado para tomar una decisión. Por su presencia pasaron rubias, morenas y pelirrojas, españolas y extranjeras, jóvenes y maduras, pero por mucho que miraba, no conseguía que ninguna de esas bellezas le motivara.

«Hoy necesito algo especial», se dijo sabiendo que, si al final no elegía a ninguna, vendría la dueña del lupanar a ofrecerle su ayuda.

Como había previsto, “la extremeña” al ver que no estaba satisfecho con el ganado, se acercó y como una enóloga aconsejando a un cliente sobre un cava, le preguntó qué era lo que esa noche necesitaba.

El abogado le confesó la calentura que llevaba y el motivo de esta.

—Necesita desahogarse— sentenció la madame y sin cortarse un pelo, preguntó: ¿le apetece un culo al que castigar? La chica en sí no es gran cosa, me la ha mandado un amigo para que le ponga tetas y la enseñe.

— ¿Es plana?

—Como una tabla y aunque apenas la he probado, puedo decirle que es una perra con mucho futuro. Según su dueño, ¡acepta de todo!

—Tráela para ver si es lo que ando buscando.

—No se va a arrepentir— respondió la extremeña, dejándole con un par de exuberantes putas para que le hicieran compañía mientras tanto.

A los cinco minutos, la madame apareció por la puerta con una castaña de pelo largo que en un principio le repelió. Delgada, sin culo ni tetas parecía un espantapájaros.

Estaba a punto de rechazar la sugerencia cuando se percató que, con esas gafas rojas, la aprendiz le recordaba a una jueza con la que había tenido varios fracasos.

«Parecen gemelas», dijo para sí mientras volvía a florecer en él el odio que sentía por la magistrada.

Mientras tanto, la puta permanecía de pie sin ser capaz de siquiera levantar la mirada. La vergüenza que demostraba enfadó a la dueña del lupanar. Sin importarle la presencia del cliente y a modo de reprimenda, descargó sobre su culo un sonoro y doloroso azote.

—Sonríe, puta.

La novata sin nombre intentó sonreír, pero lo único que consiguió fue que en su cara se formara una extraña mueca. Ese gesto debería haber ahuyentado a cualquier interesado. Pero ese no fue así en el caso del cincuentón porque su pene reaccionó como un resorte al ver que, tras el castigo, los negros pezones de la fea aquella lucían totalmente erizados.

—Me la quedo— sonriendo informó a la dueña— pero necesitaría una habitación discreta.

—Por eso no se preocupe, tenemos una insonorizada— y dirigiéndose a la castaña, le ordenó que llevara al cliente a la numero seis.

Una zorra con experiencia se hubiese colgado del hombre que había pagado por ella, pero demostrando nuevamente que era una novata, se adelantó permitiendo que el abogado examinara su exiguo culo.

«Apenas tiene donde agarrar, mejor», relamiéndose reconoció porque su víctima así sufriría más.

Ya en el cuarto que le habían asignado, fue realmente la primera vez que se puso a examinar la mercancía y tras una decepción inicial al observar el bosque frondoso que tenía por coño, vio el cielo al separarle las nalgas y descubrir un rosado e incólume agujero.

«Esto no me lo esperaba», reconoció mientras introducía bruscamente una de sus yemas en el interior de ese ojete.

El grito de la novata confirmó sus sospechas y sin retirar su dedo, le soltó un primer mandoble con el ánimo de relajar a la castaña y que no estuviera tan tensa.

La actitud sumisa del monigote aquél lo envalentonó y añadiendo una segunda yema, siguió jugando con él mientras la muchacha se dejaba hacer consciente de no poder negarse.

—Ábrete de piernas— totalmente excitado el cincuentón exigió.

Las rodillas de la mujer se separaron para permitir las maniobras del cliente, el cual usando su otra mano bruscamente le introdujo dos dedos en su sexo y de esa forma descubrió que la que creía una mojigata, estaba disfrutando al comprobar que su cueva estaba empapada con el flujo que manaba de su interior.

El pene de Albert ya le pedía acción y por ello dándola la vuelta, le exigió una mamada. En silencio, la castaña se arrodilló y abriendo la bragueta, liberó la extensión del abogado.

Este satisfecho se sentó en el sofá y abriendo las piernas, la ordenó que se acercara. La muchacha con lágrimas en los ojos y de rodillas, se acercó a él con la mirada resplandeciente. El cincuentón supo de esa forma que iba a ser una buena mamada aún antes de sentir como la boca de la fulana engullía su pene.

Tal como vaticinó, era una verdadera experta. Su lengua se entretuvo un instante divirtiéndose con el orificio del glande, antes de lanzarse como una posea a chupar y morder su capullo, mientras las manos acariciaban los testículos del cliente.

La reacción de este no se hizo esperar y alzándola de los brazos la sentó sobre sus piernas, ordenando a la castaña que fuera ella quien se empalara. La oculta cueva entre tanto pelo le recibió fácilmente demostrando que la novata estaba totalmente lubricada por la excitación que sentía en su interior.

Como no sabía ni quería saber su nombre, llamándola puta, le ordenó que se moviera. El insulto provocó que esa apocada e insípida mujer se volviera loca y para sorpresa de Albert, le rogara que siguiera humillándola mientras sus caderas se movían rítmicamente.

«¡Joder con la fulana!», pensó el abogado a sentir que la castaña había convertido los músculos de su chocho en una extractora de esperma que lo estaba ordeñando.

Ya sobrecalentado, desgarró el picardías que llevaba puesto, dejando al descubierto unos pechos que daban pena, pero cuyos pezones le miraban inhiestos deseando ser mordidos. Cruelmente tomó posesión de ellos con los dientes hasta hacerla daño mientras que con un azote la obligaba a acelerar sus movimientos.

—Gallo desplumado, ¡muévete o tendré que obligarte! — le dijo al oído.

Demostrando lo mucho que le ponía la humillación, su sexo era todo líquido cuando, con la respiración entrecortada por el placer, obedeció moviendo sus caderas.

—Así me gustan las putas, calladas y obedientes— le susurró mientras con los dedos pellizcaba cruelmente sus pezones.

Satisfecho por la ausencia de respuesta, premió a la fulana con una tanda de azotes en el trasero mientras ella no dejaba de gritar de dolor y excitación.

Hasta entonces todo discurría según Albert deseaba, pero cuando la informó que la iba romper el culo, la castaña intentó huir de la habitación y eso le enervó todavía más.

Con lujo de violencia la agarró y la lanzó en la cama. La novata completamente aterrorizada no pudo evitar que su cliente cogiera su corbata y con ella atara sus muñecas mientras fuera de sí le gritaba:

—Te voy a enseñar quien manda.

La ira reflejada en los ojos de ese cincuentón provocó que histérica se riera y eso empeoró las cosas porque llevándola hasta el cabecero, este la inmovilizó

anudando un extremo de esa prenda a una de sus barras.

Albert ya no era Albert sino un ser sediento de sangre porque para él esa mujer aglutinaba a todas las que en algún momento lo habían despreciado o causado algún mal.

Por ello sin preparar su trasero, le separó las nalgas, apuntó con su escote y de un solo embiste, la empaló brutalmente. Los chillidos de dolor que surgieron de la garganta de su acompañante le sonaron a música celestial y azuzado por esa seductora melodía, no paró de insultarla y de azotarla con la mano abierta.

Su víctima creyó que iba a morir en manos de ese ejecutivo y sabiendo que si quejaba iba a encabronar a ese maldito, con lágrimas en los ojos, tuvo que soportar que continuara esa locura. Para entonces el abogado la había empezado a cabalgar agarrado de sus pechos y aunque sabía la barbaridad que estaba haciendo, lejos de calmarlo, eso lo estimulaba.

Es más, al sentir que un brutal orgasmo se aproximaba, incrementó la velocidad de su ataque hasta inundando todo su intestino, eyaculó dentro de ella. Sus gemidos de placer y los gritos de dolor del mamarracho se unieron en una sinfonía perfecta que al final consiguió apaciguar a la bestia.

Por eso al sacar su miembro cubierto de sangre y mierda, se sintió satisfecho y dejando el dinero sobre la mesilla se fue mientras la puta lloraba, rota por la mitad, sobre la cama.

Ya en su coche, recordó descojonado que además de no saber su nombre, tampoco la había oído hablar:

—A esto se le llama una noche perfecta. ¡Una zorra callada y obediente!

Se levantó temprano porque esa mañana iba a empezar a trabajar. Los cuatro años de carrera y el máster por fin adquirirían un sentido y mientras se peinaba, Julia se prometió a si misma que iba a conseguir demostrar a sus jefes lo mucho que valía.

La seguridad con la que se había despertado menguó frente al espejo porque acostumbrada a llevar el pelo largo, la media melena que llevaba le resultaba imposible de peinar.

«¿Porque me habré dejado convencer?», se preguntó maldiciendo el momento en que acompañó a una de sus amigas a cortárselo y ya puesta la imitó.

«Joder, con lo que me gustaba que Manel me tirara de las coletas», nuevamente se lamentó al evocar a su antiguo novio usándolas a modo de riendas mientras se la follaba a cuatro patas.

La imagen de su cerebro levantó sus pitones y luciendo erectos y bellos en el espejo, Julia los premió con un par de pellizcos por haberla subido el ánimo.

«Ya crecerá», pensó mientras desnuda e iba a su armario a elegir la ropa con la que se estrenaría en el bufete.

La rubia dedicó un buen rato a escoger la ropa interior que llevaría al trabajo porque necesitaba sentirse segura y sabía que llevar ropa interior sexy, era algo que la hacía sentir poderosa.

Dudó entre un conjunto blanco de encaje, con sujetador que realzaba sus pechos, conjuntado con un tanga brasileño que se le metía por la raja de trasero, o un body negro de encaje que le marcaba los pezones al estar cubiertos solo por una fina tela. Pero viendo que este último terminaba en un tanga, lo eligió al saber que el roce de la tela sobre su ojete al caminar provocaría que premiara sin querer a su nuevo jefe con la visión de sus pezones.

— ¡Que zorra estoy! — riendo murmuró al percatarse que con el proceso de elección de ropa se había excitado mientras pensaba en la reacción que tendría ese cincuentón si algún día descubriera lo cachonda que pone a su nueva asistente la lencería.

Una vez engalanada con sus mejores galas, salió hacia la oficina con el convencimiento que iba a triunfar y que el puesto que había conseguido solo era un peldaño hacía su destino.

«Algún día seré socia de Roser & asociados, aunque para ello me tenga que

acostar con media Barcelona», sentenció mientras tomaba el autobús que le llevaría hasta la Torre Agbar.

Ya en su interior, Julia volvió a la realidad y se le bajaron las ínfulas de gran jefazo al tener que aguantar los apretujones y empujones de la gente que diariamente van a trabajar en transporte público. Al estar atestado, no le quedó más remedio que buscar cobijo en un rincón junto a un grupo de chavales que sin duda iban a clase pero que vieron en su llegada una oportunidad para divertirse.

La rubia no cayó en la cuenta de los cuchicheos entre ellos hasta que sintió que alguien se pegaba a su espalda. Por un momento, lo justificó como producto de la aglomeración, pero las risas de los muchachos la informaron que algo raro pasaba y fue entonces cuando el contacto en su trasero se incrementó.

Hecha una furia se giró y aunque su primer impulso era abofetear al culpable, al girarse se encontró con los ojos verdes de una adolescente y al darse cuenta de que su agresor era una mujer se quedó paralizada.

— ¿Qué haces? — le espetó una vez repuesta.

La cría sin cortarse volvió a acariciar su nalga mientras sonriendo le decía:

—Me encantan las maduritas y tú estás muy buena.

Que la considerara mayor la indignó y dándose la vuelta, intentó ignorar lo sucedido creyendo que con ello había terminado. Ante su consternación, esa morena volvió a magrearle el culo con mayor descaro mientras sus amigos no perdían detalle.

Por un momento pensó en montar un escándalo, pero entonces notó que una mano se deslizaba hacía arriba y le rozaba un pecho. De manera instintiva, intentó separarse, pero esa morenita se lo impidió al susurrarle al oído que tenía unas tetas cojonudas.

No contenta con el piropo y decidida a prolongar la travesura, la joven le pegó un suave pellizco por encima de la camisa dejando a Julia tan descolocada como excitada.

«¡Esto no me puede estar pasando!», murmuró mientras colaborando con la colegiala se echaba hacia atrás.

Su agresora intuyó en ese gesto que le daba vía libre y atacándola por detrás, metió la mano por debajo de la falda mientras sus compañeros alucinaban.

Para entonces, esas caricias no pedidas habían hecho mella en la becaria y con todos los vellos de su cuerpo erizados, disfrutó al sentir que una yema se deslizaba hasta su coño y que, hurgando entre sus pliegues, había localizado su botón.

—Eres una putita preciosa— escuchó que le decían por detrás mientras

entre sus piernas su clítoris era objeto de unos dulces, pero pecaminosos mimos.

—No sigas, por favor— imploró Julia consciente de su calentura.

Para su desgracia, la morena se sabía al mando y obviando ese desesperado ruego, incrementó la tortura de su víctima mordiéndole la oreja mientras le metía el dedo en el coño.

—No mientas, lo estás deseando— replicó satisfecha tras comprobar lo mojado que lo tenía y sin dejarla descansar, comenzó a follársela incorporando el índice al anular que ya tenía incrustado en esa rubia.

Julia supo que nada podía hacer para evitar esa violación y no porque tuviese miedo sino porque estaba disfrutando como pocas veces de las lésbicas caricias de esa adolescente.

Sus acompañantes siguieron la escena sin perder detalle e incluso jalearon a la morena mientras Julia intentaba postergar su orgasmo. Su afán quedó en nada al observar los rostros excitados de los muchachos y dejándose llevar, se corrió mientras a sus oídos llegaban las risas de su agresora que satisfecha por su diablura le había metido un tercer dedo en su interior.

—Te espero mañana aquí— fue lo único que le dijo mientras en compañía de sus amigos salía del autobús rumbo al instituto, dejando a Julia humillada y excitada por igual.

El cuarto de hora que tardó en llegar a su parada apenas amortiguó la humillación que sentía y menos cuando tuvo que reconocer que en la lucha entre la razón y la lujuria que había en su interior, esta última estaba ganando y que por nada del mundo dejaría de acudir a esa cita al día siguiente.

Ya frente a la torre, se acomodó la camisa y forzando una sonrisa, entró para enfrentarse a su primer día de trabajo con el temor que, al ver a su jefe, las brasas que todavía amenazaban entre sus piernas se convirtieran en un voraz incendio que diera al traste con su ambición de convertirse en una gran abogada.

Su excitación no tardó en ponerse a prueba cuando al entrar en el ascensor se vio rodeada por ejecutivos que al no reconocer a la rubia que iba con ellos como una habitual, se pusieron a observarla con atención mientras Julia cada vez más nerviosa trataba de estirarse la ropa pensando que esos encorbatados se habían dado cuenta que se acaba de correr.

«Joder, son imaginaciones mías», se repetía sin ser capaz de quedarse quieta.

Sus continuos tics no hicieron más que empeorar las cosas de forma que cuando se bajó para entrar en donde iba a trabajar, todos y cada uno de los hombres incluyendo a un par de mujeres la miraron marchar. Abochornada por el color de sus mejillas, preguntó por el que iba a ser su jefe.

Tras llamar, la recepcionista le acompañó al despacho del socio, dejándola en la

puerta por lo que tuvo que ser ella quien llamara y esperara que le dieran permiso para entrar. Mientras eso ocurría su uno sesenta y tres no paró de temblar preocupada por su aspecto porque, aunque fuera imposible tenía la sensación de que todo el mundo que pasaba por el pasillo sabía lo sucedido en el autobús.

Afortunadamente su jefe estaba a otras cosas. Cuando salió apenas le hizo caso y llamando a uno de sus ayudantes, le pidió que le pusiera al corriente de cómo se organizaba el archivo antes de ponerse con el suyo. De forma que durante cuarto de hora tuvo que aprender el sistema que llevaban en el bufete para que ningún expediente se perdiera y tuviese trazabilidad en todo momento.

Con la teoría aprendida, Julia no tuvo más remedio que volver a pasar por el trance de llamar a la puerta y tras obtener el permiso, entrar en el despacho a solas con el jefe.

Albert al estar hablando por teléfono ni siquiera reparó en ella durante un rato hasta que una vez había colgado, le señaló una montaña de asuntos y sin explicarle nada más, ordenó que los fuera archivando en el mueble que había frente a su mesa, tras un pequeño biombo. Como no podía ser de otra forma, Julia obedeció y mientras el socio se ponía a hacer otra llamada, se dedicó a cumplir con su mandado haciendo el menor ruido posible.

Como a la cuarta llamada fue cuando olvidándose que en la habitación estaba su nueva asistente, Albert muerto de risa narró a su interlocutor con pelos y señales la cita que había tenido la noche anterior.

Julia que en un principio no había seguido la conversación, no pudo dejar de poner la oreja en cuanto oyó que definía a la tipa en cuestión como una zorra con grandes tetas. Así se enteró del modo en que el cincuentón había masturbado a la empleada del supremo en mitad del restaurante y como ella lo había dejado caliente como una mona al cortar de cuajo su ataque.

«Dios, ¡no debería haber escuchado esto!», se dijo excitada pero todavía más asustada por perder el empleo que acababa de conseguir y por ello con los pezones como escarpas, esperó la oportunidad de desaparecer.

Esta llegó media hora después cuando su jefe salió a recibir a un cliente. Entonces y solo entonces, Julia huyó y se sentó a esperar que volviera en la mesa que le habían asignado.

«Me va a despedir en cuanto me vea, sabrá que lo he oído todo», se martirizó durante el tiempo que Albert tardó en volver.

Afortunadamente, como suele ocurrir con la gente inteligente, su jefe al regresar lo único que hizo fue pedir que trajera dos cafés, uno para él con leche y otro solo para el hindú que le acompañaba.

«De la que me he librado», suspiró mientras con una sonrisa cumplía esa

labor.

Al terminar y cerrar la puerta, corriendo se fue al baño y tras encerrarse, se relajó mientras se acordaba de la escena que había oído por error y debido quizás a la sobre estimulación que llevaba auestas, no pudo más que masturbarse pensando en que algún día ella sería la protagonista.

Tras lo cual, volviendo a su lugar, se puso a hurgar en la mesa y leyendo un papel donde se detallaban sus funciones, comprobó que entre ellas estaba el organizar la agenda del cincuentón.

Con su corazón a mil por hora, abrió en su ordenador el archivo donde se contenían los datos de lo que iba a hacer Albert durante la próxima semana y al verificar que tenía que reservar una mesa para el siguiente miércoles para dos en el mismo sitio en el que ocurrió la cita que escuchó, se puso a temblar deseando de alguna forma ser testigo de lo que ocurriera ahí.

«Como me gustaría conocer a esa zorra», se dijo con su entrepierna bastante acalorada.

La hora que el cliente estuvo departiendo con su jefe, Julia la aprovechó para cerrar todas las visitas y por eso cuando vio que Albert se despedía del hindú, carpeta en mano, le informó que ya había terminado con todos los temas que le había encomendado y que si le podía ayudar en algo más.

—Me imagino que sabes usar un teclado— contestó el cincuentón y tras observar que la rubia afirmaba con la cabeza, la metió en su despacho y mientras ella se sentaba en su sillón, se puso a dictarle una contrademanda sin dejar de caminar.

Tal y como había esperado, la inteligencia y la sabiduría de ese abogado era inmensa y mientras tecleaba todo lo que decía, Julia no pudo evitar sufrir un ataque de su extraña dolencia.

«Por favor, ¡ahora no!», se lamentó al notar que, bajo su falda, el tanga empezaba a calar sin que ella hiciese nada.

El calor que sentía en sus mejillas no era nada con el que asolaba su entrepierna, pero no por ello dejó de escribir mientras su jefe cada vez más envalentonado la ametrallaba con sentencias y razonamientos solo al alcance de las grandes mentes.

Lo peor fue que en un momento dado y mientras revisaba lo dictado, Albert puso una mano en su hombro provocando con ese gesto que se corriera en silencio.

«No puede ser», mordiéndose los labios sollozó en su interior cuando lo que realmente necesitaba era expresar a viva voz el placer que sentía.

Afortunadamente, su superior solo captó cierto nerviosismo en su ayudante, nerviosismo que achacó al contacto y sin dar mayor importancia,

siguió dictando mientras a un metro de él y en su silla Julia era presa de un orgasmo tras otro.

El suplicio terminó cuando dando por cerrada la demanda Albert le pidió que hiciera tres copias y se las trajera a firmar. No pudiendo agradecer más haber acabado, la rubia salió despavorida del despacho rumbo a la impresora tapándose el trasero porque era consciente que debía de tener una mancha húmeda.

Por fortuna, su jefe ya estaba en otras cosas y sentándose en el sillón que ella había dejado, se puso a leer un email sin percatarse de cómo lucía el culo de su asistente, así como tampoco que con su pantalón acababa de secar el último rastro de lo ocurrido.

«No sé si voy a poder trabajar aquí», murmuró para sí la rubia, «no llevo ni tres horas y ya me he corrido al menos cuatro» ...

Ese mediodía, Marián se había vestido para matar y mientras tomaba el ascensor hacía el despacho de su víctima, mirándose revisar al espejo, se desabrochó un botón, se pintó los labios y como tantas otras veces, entró en la oficina de Pedro.

— ¿Está el fiscal? — preguntó a Almudena, su ayudante.

—Un momento— contestó la gordita mientras cogía el teléfono para avisar a su jefe.

Conociendo los gustos de esa joven abogada, se sentó sobre su mesa y en plan putón disfrutó satisfecha al corroborar que la muchacha no podía casi respirar mientras observaba la perfección de los muslos de esa pelirroja.

No habían pasado ni dos minutos, cuando el fiscal la invitó a pasar a su despacho y pidiéndole perdón porque tenía que hacer un par de cosas antes de poder ir a comer.

—No te preocupes, cariño. Si quieres te espero aquí— respondió mientras se pasaba la lengua por los labios mirando fijamente a los ojos de la cría que permanecía pálida tras la mesa.

—No, por favor, pasa. Será solo un momento.

Viendo el efecto que ese descarado flirteo había provocado en los pezones de la joven, le guiñó un ojo sin que su cita se percatara. Las prisas de Pedro por salir de allí no le permitieron advertir el gesto ni el temblor que éste provocó en su asistente.

Ya en su cubículo y mientras el fiscal terminaba de redactar un escrito de acusación, la pelirroja, teléfono en mano deambuló por el despacho haciendo como si miraba admirada las distintas menciones y premios que colgaban de la pared, mientras en realidad buscaba la caja con las pruebas de un juicio en particular. No tardó en hallarla en un estante y acercándose hasta ella, comenzó a sacar fotos tanto de la propia caja como de su interior.

«Luis me ha pedido muchas para poder dar el cambiazó», se dijo para sí mientras preguntaba a su rendido admirador donde la iba a llevar a comer.

—Aprovechando que es viernes, he reservado una mesa en un hotelito que hay en Monserrat— dejó caer el fiscal haciéndole saber que deseaba que esa comida se prolongara más allá mientras seguía frente a su teclado.

Guardando su móvil, Marián se sentó en una silla y girándola hacia la puerta, respondió con la voz suficientemente alta para que su ayudante pudiese oírlo:

—La próxima vez avísame porque hubiera traído ropa de repuesto. Ya

sabes lo tonta que me pongo con...un buen vino, mirando la nieve en la cumbre, el fuego de la chimenea, tu cuerpo desnudo...

—Calla que pueden oírte— sin levantar la mirada Pedro murmuró muerto de risa.

No le pudo reconocer que eso exactamente era lo que buscaba y menos que habiendo captado la atención de su ayudante, en ese momento estaba regalando a la gordita con el panorama de sus piernas abiertas.

«¡Cómo me gusta calentar a las novatas!», pensó al tiempo que se daba un pellizco en ambos pezones.

El rubor que coloreó las mejillas de esa incauta confirmó lo que ya sabía y que no era otra cosa que Almudena la deseaba. Incrementando su turbación, se permitió el lujo de separar aún más sus rodillas para darle así un mejor ángulo desde el que esa gordita pudiese comprobar que la zorra que su jefe tenía como amiga con derecho a revolcón se había olvidado la ropa interior en casa.

Viendo que sus maniobras habían conseguido su objetivo y que el fiscal seguía ocupado, la pelirroja decidió poner la guinda al pastel y remojando uno de sus dedos por los pliegues de su coño, se levantó y acercándose hasta el lugar donde la chavala la miraba acercarse con ojos de pavor, la susurró mientras se lo ponía en los labios:

—Límpiamelo y no digas que no, sé que lo estás deseando.

Avergonzada y excitada, Almudena abrió la boca y sacando la lengua recorrió los dedos de la pelirroja mientras ésta, magreando una de sus gruesas tetas, le decía al oído:

—Un día que no esté Pedro, vendré solo a que me comas el coño.

El gemido con el que respondió esa gordita a la propuesta, la hizo saber que sus planes iban viento en popa y dejándola excitada, volvió al despacho donde Pedro se estaba poniendo la chaqueta para que se fueran.

— ¿Qué le has dicho a Almudena? — preguntó el fiscal al ver la sonrisa de la pelirroja.

Sabiendo que no la creería, contestó:

—Que el próximo día que la vea, la voy a obligar a tener sexo conmigo.

Pedro no se esperaba esa respuesta. Al imaginarse la escena de la pelirroja comiéndole los morros a su ayudante, soltó una carcajada y de muy buen humor la cogió del brazo para salir de ese lugar, sin advertir que la chavala que creía totalmente asexuada estaba mirando absorta el trasero a su acompañante y menos que cuando se hubiesen marchado, la joven abogada se masturbaría soñando en esa promesa.

Él no, pero Marián Antúnez sí y eso la ponía cachonda al sentir a cada momento más cerca ese millón de euros que iría a engrosar la cuenta secreta que

tenía en Andorra, con la que esperaba tener una jubilación de lujo.

«Me quedan diez años antes de poder retirarme al Caribe», pensó mientras seguía por el pasillo a su conocido.

Desde niña se había propuesto que antes de los cuarenta se iría a disfrutar de un retiro de lujo en una de sus islas y que se pasaría los días tomando el sol y caipiriñas en la playa para pasar las noches en brazos de algún mulato.

Como la zorra insaciable en la que se había convertido, no dudaría en follarse a quien se le cruzara en el camino si eso le servía para conseguir ese sueño y sonriendo al joven fiscal que, en ese momento, le abría la puerta del coche, pensó:

«Es una pena que Pedro sea tan tradicional en la cama sino no me importaría que fuera uno de los miembros de mi futuro harén».

Ya en el coche, el fiscal no pudo dejar de observar de reojo el sujetador rojo de su acompañante y por eso mientras conducía hacía el restaurant, se fue calentando al pensar en la noche que pasaría con ella entre sus brazos. Marián por su parte seguía con sus planes y cuando a la distancia ya se podía vislumbrar la nieve que cubría Monserrat, decidió que era el momento de poner una de sus manos sobre la pierna de su acompañante para que siguiera creyendo que estaba colada por él y así jamás sospechara de ella.

Pedro, siendo un hombre serio y de ideas cuadradas, no se esperaba esa caricia y menos cuando que no contenta con ello, los dedos de la pelirroja subieron por su pantalón con dirección a su bragueta. Por ello, pegando un chillido le dejó clara su sorpresa y su disgusto a que lo fuera poniendo a tono durante el viaje.

Riendo con cara de putón desorejado, ella le contestó:

—Mira que eres anticuado— y desabrochándose la camisa, tomó un uno de sus pechos todavía cubierto por el sujetador mientras le decía: — ¿No te apetece echar un polvo antes de comer? ¡Para en la cuneta!

Su descaro le hizo babear y mirando a su alrededor, se dio por vencido pensando en el espectáculo de mujer que pronto la tendría entre sus brazos. Marián con una sonrisa insistió al notar que soltando el volante y con una mano el joven fiscal le hacía una caricia en una de sus tetas.

—Llevo desde que te vi soñando con sentir tus dedos en mis pechos.

Sus palabras despertaron la bestia que había en él y pegando un suave pellizco en su pezón, buscó un lugar donde tirar su coche mientras la pelirroja, usando toda la sensualidad que solo las mujeres poseen, se levantaba lentamente para mostrarle que esa mañana no se había puesto ropa interior. Al comprobar

que bajó el pantalón de su pareja se notaba una creciente erección y que Pedro se quedaba embelesado admirando su coño exquisitamente recortado en el que solo un pequeño triangulo de vellos permanecía intacto, supo que lo había convencido.

—Tienes unas piernas preciosas— obviando el bellezón que lucía entre sus piernas, replicó más excitado de lo que le hubiese gustado estar.

La pelirroja captó su voluntaria omisión y mirándolo directamente a los ojos, contestó:

— ¿Solo mis piernas?

Queriendo forzar la lujuria de ese carca, separó los pliegues de su sexo y cogiendo una mano a Pedro, la llevó hasta sus piernas para que este notara la humedad que ya amenazaba con desbordar su sexo.

— ¿No ves que podemos tener un accidente? —protestó mientras buscaba una salida en la carretera.

Afortunadamente en ese instante, Pedro vio al salir de una curva que un centenar de metros más allá había una vereda y sin pensar, enfiló su Audi hacia allá. Ya con el coche apagado, empezó a echar una hipócrita bronca a su acompañante y digo hipócrita porque mientras con la boca la llamaba de todo, sus dedos recorrían esa dulce abertura e incrustando una yema dentro de su almeja, la empezó a pajar con ella mientras le decía que era una zorra viciosa e irresponsable.

Para su asombro, ese insulto multiplicó la excitación de la mujer y colapsando en mitad del asiento, llegó al clímax mientras al fiscal no le importaba descubrir que a escasos metros un grupo de jóvenes excursionistas miraban con interés lo que sucedía en el interior de su coche.

— ¡No te da vergüenza que esos chavales nos estén viendo! — exclamó molesto pero excitado.

La respuesta de la pelirroja nuevamente lo dejó paralizado y es que pasando una de sus piernas sobre él, se sentó a horcajadas presionando con el coño su paquete. Si eso ya era vergonzoso, aún más lo fue que liberando su pene, Marián lo pusiera entre sus pliegues y dejándose caer, se empalara. La parsimonia con la que lo hizo permitió al fiscal sentir a cámara lenta el modo en que sus labios se abrían para dejar paso al invasor.

El gemido de placer que brotó de la garganta de la mujer enervó a Pedro y usando las manos para izarla, la dejó caer una y otra vez hasta que viendo que estaba a punto de correrse, se apoderó de sus pechos con los dientes y los mordió.

—Espera— gimió la pelirroja y cambiando de posición, se pudo a cuatro patas sobre el sillón para así poder observar mejor a esos críos.

A Pedro no le pasó inadvertida la razón de esa maniobra y mientras le volvía a encajar el pene, dando un sonoro azote en su trasero, comentó:

—Y yo que pensaba que eras una estrecha.

Para entonces era tanta su calentura que le dio igual tener público y acelerando el ritmo con el que acuchillaba ese coño, buscó su placer mientras murmuraba en la oreja de su pareja:

—Puedes gritar y así demostrar a esos chavales lo puta que eres.

Excitada como pocas veces, Marián no solo empezó a berrear como una loca al ritmo con el que Pedro la ensartaba, sino que, yendo un paso por delante, bajó la ventanilla y azuzando a sus observadores, les gritó que se acercaran mientras con sus pechos bamboleándose con renovados bríos y aullando como la perra en celo, su cuerpo temblaba presa del orgasmo.

— ¡No pares! — aulló sintiendo que el fuego la consumía desde dentro.

Con su coño convertido en un manantial, la pelirroja fue objeto de un renovado ataque y el pene del fiscal machacó su coño, el cual se reboseó salpicando con su flujo la tapicería del Audi mientras Pedro agarrándola de los hombros incrementaba la profundidad con la que la empalaba. Estimulado por los gritos de los excursionistas que impresionados por la escena se estaban pajeando viéndolos, nuevamente descargó su lujuria con un azote sobre las nalgas de Marián mientras la excitación acumulada y los gemidos de placer de su acompañante, hacían que como si fuera un volcán su pene explotara lanzando su ardiente lava contra las paredes de esa encharcada vagina.

La pelirroja al sentirlo se dejó caer sobre el sillón totalmente agotada con su cara reflejando una total satisfacción. Sonriendo al público que entusiasmado aplaudía la función, Pedro cerró la ventanilla, acomodó su ropa y encendiendo el coche, salió de la vereda rumbo al restaurante mientras a su lado Marián pensaba si no se había equivocado al catalogar al dueño de ese sabroso instrumento como cuadrulado, ya que por primera vez se había comportado como el perverso amante que ella llevaba tantos años buscando...

El fin de semana tuvo un resultado dispar y mientras la pelirroja se levantó alegre y con el sexo rozado de tanto follar, la becaria sentía que había perdido dos días al no ser capaz de llevarse a nadie a la cama.

El viernes por ejemplo había quedado con un grupo de amigas para salir de marcha con la idea de cazar a un incauto que le calmara el ardor que sentía entre las piernas, pero por mucho que lo intentó, no pudo conseguir quien la hiciera caso y bastante perjudicada volvió a su casa sola.

Ni siquiera la presencia de su amante de plástico en la mesilla fue suficiente para que esa rubia se sintiera acompañada y por eso hundiendo su cara en la almohada lloró su soledad y nuevamente lamentó haber cortado con su novio.

«Era un cretino, pero al menos no dormía sola», pensó esa madrugada mientras se tapaba con la sábana.

El sábado no tuvo ganas de salir de casa y como tantas otras veces buscó en Internet una película con que pasar el rato. Realmente no supo si fue algo consciente pero lo cierto es que entre todos esos títulos eligió uno cuya temática le recordaba a su jefe. Y por ello entre palomitas, helado y pipas se estuvo masturbando mientras en la pantalla el protagonista seducía a su secretaria.

«Tengo que quitármelo de la cabeza, no estoy en ese trabajo para ser su putita, sino para convertirme en una gran abogada», se decía sin ninguna confianza mientras el enorme dildo tomaba posición en el interior de su coño.

El lunes al levantarse de la cama se sentía frustrada y con pocas ganas de ir a trabajar, por eso entre los muchos de su armario eligió un vestido que no hubiera desentonado en una monja de clausura. Ya en el autobús buscó a la jovencita que el viernes anterior había abusado de ella y agradeció comprobar que, aunque se lo había prometido, esa morena de ojos verdes no estaba en su interior.

«Mejor, no soportaría empezar la semana habiendo sido magreada por una adolescente».

Del otro lado de Barcelona, Albert se levantó en su chalé malhumorado porque sentía que su fin de semana había sido para olvidar. No le gustaba perder ni a los chinos y no sólo el equipo de su hija había perdido con San Adrià, sino

que el domingo había tenido que soportar los lamentos de su esposa por no querer ir a comer a casa de sus suegros.

«No sé por qué insiste, sabe perfectamente que no los soporto» sentenció mientras se anudaba la corbata.

Los dos, jefe y becaria coincidieron en el ascensor de la Torre y mientras Julia se sentía avergonzada por su indumentaria, Albert Roser ni reparó en que la rubia que iba a su lado era su asistente.

«Ni me ha mirado», se lamentó esta mientras le seguía sumisamente por el pasillo.

Como no hay peor cosa para una mujer que la indiferencia, al llegar a su mesa Julia se sentía fatal y tenía ganas de llorar. Por ello tuvo que hacer un esfuerzo al llevarle un café para que el cincuentón no notara la tristeza que su despiste había provocado en su rubia ayudante.

Lo que Julia nunca previó fue que Albert al levantar su mirada y comprobar su recatado y nada provocativo aspecto, el ejecutivo con un entusiasmo fuera de lugar la piropeará haciendo especial énfasis en su trasero:

—Hoy vienes guapísima y viendo cómo te queda esa falda, se nota que haces ejercicio.

Julia al escuchar esa inesperada lisonja, creyó que era una pregunta con voz casi no audible contestó:

—Equitación.

— ¿Qué has dicho?

Incapaz de mirarle, con la cabeza gacha, replicó:

—Dos veces a la semana voy a montar a caballo.

La imagen de esa cría vestida de amazona y con sus pechos rebotando arriba y abajo mientras montaba un corcel despertó al durmiente que tenía entre sus piernas y Albert temiendo que descubriera lo que le ocurría, la mandó de vuelta a su mesa mientras pensaba en lo cachondo que le había puesto esa criatura con la información.

Ya en su escritorio, Marián no pudo dejar de suspirar al recordar la mirada llena de lujuria de su jefe y con la humedad volviendo a encharcar su sexo, se zambulló en el trabajo deseando que con ello se olvidara de la vergüenza y excitación que sentía al saberse deseada.

Mientras tanto el cincuentón con un calentón del diez intentaba relajarse porque sabía que, si seguía con ese juego, la cría podía asustarse y salir huyendo. Que renunciara le daba igual, lo único que temía es tener que lidiar con la segunda demanda por acoso en menos de tres años.

«Macho, ¡cómo estás hoy!», sentenció irritado al saber que el vicio había invadido su cuerpo y dando por sentado que debía tranquilizarse, decidió salir a tomar el aire y que el frescor de la mañana le calmara, mientras unos metros más allá Julia cerraba y abría sus rodillas en un intento de abanicar y con ello refrigerar la temperatura creciente de su entrepierna.

Por fortuna para ambos, nada más perturbó esa mañana y gran parte debido a que el socio del bufete al volver a la oficina se encerró en su despacho sin importunar a su ayudante. Por eso más tranquila la becaria decidió salir a comer no sin antes preguntar al cincuentón si deseaba algo.

Albert mirando a la joven que venía enfundada en esa falda tan antigua como insípida pero que aun así le provocaba unos inmorales deseos de tumbarla sobre la mesa, contestó que no y mientras la veía marcharse hacía el ascensor, pensó:

«¡Mejor me voy!» y llamando al más joven de sus asociados, lo invitó a acompañarle a un restaurant.

Josep Lluís no tardó en percatarse que al jefe le ocurría algo porque lejos de martirizarle con preguntas acerca de los asuntos que llevaba, el cincuentón se dedicó a piroppear a cada una de las mujeres que pasaban a su lado.

Era tanta la obstinación de Albert que no pudo más que preguntarle qué coño le ocurría y este confesó sin ningún tipo de escrúpulos ante un subordinado que ese era uno de esos días en que se follaba a todas.

Descojonado, su socio y empleado replicó:

— ¿Y cuando no?...

Ya en el ascensor, Julia se miraba en el espejo y pensaba si de verdad su jefe le había mirado lascivamente o eran imaginaciones de su calenturienta mente, llegando a la conclusión que seguramente eran cosas suyas, ¿Cómo iba a fijarse uno de los socios del despacho en ella?

Al llegar, se detuvo delante del menú y dedicó unos minutos a analizar las comidas y decidirse por una. Mientras esperaba su Wok de verduras, dio un vistazo rápido a la cafetería a ver si veía a alguien conocido con quien comer, pero se frustró al ver que ninguna de esas caras le era familiar y que, a su pesar, le tocaría comer sola. La rubia se sentó en una mesa alejada en una esquina al lado de la ventana, intentando pasar desapercibida entre la multitud mientras observaba las calles de Barcelona.

Cuando estaba a punto de terminar su comida, dos mujeres se acercaron a su mesa. Ambas tenían unos treinta años, muy bien vestidas y elegantes.

— Hola, soy Isabel, encantada. ¿Eres la nueva ayudante de Albert verdad? — le dijo la más alta de las dos, moviendo su larga melena pelirroja.

— Yo soy Elena, un placer — dijo la otra mujer que, si bien era más baja que su amiga, su pelo negro corto y su mirada oriental la hacía muy atractiva.

— Sí, así es, soy Julia, encantada de conoceros.

La joven se hallaba perpleja ante tal situación, es cierto que había visto a esas dos mujeres por el despacho en alguna ocasión, pero ni se habían dignado a saludarla cuando se cruzaban, por lo que no entendía a que venía esa presentación.

— ¿Podemos sentarnos contigo un momento? — dijo Isabel, la cual parecía llevar la voz cantante.

— Sí claro, faltaría más — respondió la joven, sin saber que querían esas dos arpías de ella.

— Mira Julia, seremos sinceras y directas contigo. Estamos preocupadas por ti, pareces una buena chica y queremos advertirte de algo — dijo Elena.

— Así es. ¿No te has preguntado nunca que pasó con la antigua ayudante de Albert? — soltó Isabel sin ningún miramiento.

La verdad es que Julia ni siquiera se había hecho esa preguntaba, le daba bastante igual donde estaba esa muchacha, pues gracias a ello ella había conseguido el puesto.

— La verdad es que no, pensaba que había encontrado otro sitio, ¿Por qué?

— No te asustes, pero, aunque lo intenten mantener en secreto, en nuestro grupo todos lo saben. La antigua ayudante se fue de un día para otro, el muy cerdo se aprovechó de ella— dijo Isabel.

"¡Joder!" pensó la joven, no sabía muy bien a que se referían esas dos mujeres, pero no parecía que fuera algo muy bueno. En ese instante, la morena la sacó de sus pensamientos siguiendo con la historia.

— Resulta que una noche se tuvo que quedar a ayudar a Albert con un caso muy importante que llevaba el despacho por aquel entonces. Estaban los dos solos en toda la planta. La chica contó que Albert le pidió que cogiera unos

libros de los estantes del fondo, y mientras ella los buscaba se le acercó por detrás pegando su cuerpo al suyo. Seguidamente le cogió de los pechos y la empotró contra la estantería. Empezó a besarla y a tocarla, hasta que la chica se pudo librar y le dijo que parará que se iba a su casa.

— Al día siguiente no vino al despacho — dijo Isabel siguiendo con el relato. — A los dos días volvió, y estuvo una semana más. Durante la semana Albert la sobaba cada vez que podía, y la miraba lascivamente.

— Finalmente la chica se fue y nunca más la volvimos a ver. Sin embargo, a Albert le llegó una demanda por acoso. — Concluyó Elena.

Julia estaba pasmada, no podía creer lo que acababa de oír, le vino a la mente las miradas de hacía unas horas y pensó que igual no estaba tan loca al pensar que su jefe la había mirado con deseo.

— Vaya, no sé qué decir..., gracias por avisarme. — dijo la joven mientras daba vueltas a lo que le habían contado.

— De nada, sólo queremos que no te ocurra lo mismo — contestó Isabel.

— Que tengas un buen día. — dijeron las abogadas a la vez mientras se levantaban y se iban satisfechas. Si bien la historia era cierta, no se la habían contado para hacerle un favor, sino para asustarla y que se fuera del despacho. Las dos mujeres no querían competencia, había llegado esa rubia con su cuerpo y su jovencito coño y sabían que Albert no tardaría en fijarse en ella. Si se fijaba en la joven las dejaría de lado de nuevo como con la otra ayudante, y ellas lo necesitaban babeando por sus cuerpos para así conseguir esos ascensos que tanto querían.

Julia se quedó sentada en la cafetería pensando en lo que acababa de oír. No sabía qué hacer, si coger sus cosas e irse antes de que sucediese nada, o quedarse y rezar para que todo fuera bien. Tras un rato pensando se percató que su coño estaba húmedo, en el fondo se había imaginado siendo sorprendida por detrás por su jefe mientras se apoderaba de sus pechos y le restregaba su miembro por el culo. Consciente de su debilidad por los hombres más mayores, trajeados y listos pensó en el placer que sentiría siendo poseída por aquel importante abogado.

Excitada y con prisas decidió volver a su puesto de trabajo antes de que su jefe regresara de la comida. Julia era consciente que había entrado allí para ser una gran abogada y no la putita de su jefe, pero si ese hombre sentía debilidad por las jovencitas, ¿por qué no aprovecharlo a su favor?

Mientras volvía a su despacho, Albert ya se había olvidado de la rubia por cuyos pechos la había contratado y del hecho que le hubiese puesto cardiaco al ir vestida como una monja. Para él las mujeres eran un mero pasatiempo y no el motivo de su vida o eso creía él porque al entrar y toparse con la imagen del culo de su asistente recogiendo un papel en su oficina, hizo retornar con fuerza al depredador que tantos problemas le había causado en el pasado.

«Mierda», tuvo que contenerse y retirar su mano cuando ya la había lanzado hacia esa tentación.

Lo cerca que había estado, le preocupó porque conociéndose no sabía si la siguiente vez que lo tuviera tan a mano sería capaz de reprimir sus instintos.

Afortunadamente para Albert, Julia no se dio cuenta de lo cerca que sus nalgas habían estado de ser magreadas y dándose la vuelta, sonrió a su jefe y le preguntó si le traía un café.

«Una tila es lo que necesito», fue lo que pensó tras decirle que sí al observar el meneo de esos cachetes mientras salían de la habitación, «estoy de psiquiátrico».

Que pensara por y para su bragueta en presencia de las mujeres era algo que le jodía profundamente porque no en vano era un tipo inteligente y sagaz.

«Es una futura demanda con piernas», sentenció mientras se echaba en cara el poco tino de elegir para el puesto alguien con esas posaderas, aunque interiormente no quisiese reconocer que lo volvería a hacer porque le atraía el peligro y como adicto a la adrenalina, necesitaba el estar todo el tiempo en tensión para que su mente trabajara.

Quizás por ello en cuanto volvió la obligó a ponerse frente a su ordenador y comenzó a dictarle un escrito dirigido al juez del supremo en el que le pedía que se repitieran los análisis en el caso de la farmacéutica.

Julia que sabía que ese tema era el de la pelirroja y con satisfacción pensó en la sorpresa que se llevaría el ministerio fiscal cuando los nuevos resultados fueran totalmente contrarios a sus intereses.

«Es un corrupto, pero me encantan los hombres así», pensó mientras tecleaba fielmente las palabras de su jefe sin saber que, en ese instante, este

estaba mirando de reojo como se aceleraba su respiración.

Creyendo que su nerviosismo era producto de su inexperiencia en los dictados, Albert se centró en dar las razones por las que de no ser concedido las pruebas solicitadas podía dañar los intereses de su defendido, así como sus derechos.

«Dios ¡cómo me pone!», exclamó mentalmente la chavala incapaz de dejar de sentir como una caricia cada uno de esos razonamientos mientras escuchaba y plasmaba la jurisprudencia que iba declamando cada vez más rápido su superior.

Quizás por las copas de la comida o por su propia personalidad, Albert empezó a sentirse cada vez más seguro y sabiendo que sin las muestras ese asunto era papel mojado, se vio apretando el cuello del fiscal mientras seguía vociferando sus argumentos sin darse cuenta de que en realidad era a Julia a quien estaba ahogando.

Esta al sentir las manos de su jefe, se excitó creyendo que la iba manosear a meter mano y por ello no le importó en un principio que hiciera como si la estrangulaba, es más creyó que era parte de un juego erótico.

«No puede ser que me corra otra vez», se lamentó al notar que su sexo se encharcaba mientras le costaba respirar.

Como en ningún momento se quejó, Albert solo se percató de lo que ocurría cuando instintivamente Julia llevó sus manos al cuello, intentando respirar.

— ¡Qué estoy haciendo! — gritó asustado al ver el color morado de la cara de su asistente y soltándola de inmediato, empezó a disculparse por ese comportamiento.

—No pasa nada, señor— contestó casi sin habla la muchacha mientras su cuerpo seguía retorciéndose de placer.

Era tal el pánico que sentía en ese momento que no advirtió que no era nerviosismo lo que había que esa muchacha temblara sin parar y temiendo por las consecuencias de sus actos, intentó de nuevo pedirle perdón.

Lo que jamás se esperó el cincuentón fue que la rubia a la que acababa de agredir contestara que había sido su culpa porque debía haberle avisado antes que la estaba ahogando.

— ¿Necesitas algo? ¿Un vaso de agua?

—Sí pero no se preocupe, puedo ir yo.

Tras lo cual casi a trompicones salió del despacho, dejando a su jefe preocupado porque en ese momento se fuera a conseguir un parte de lesiones que presentar ante un juzgado. Tampoco le ayudó descubrir un pequeño charco en la silla en la que ella había estado sentada, el cual no dudó en reconocer como orín y asignar su causa al miedo que debió producir en su asistente.

—La he cagado— zanjó.

Sin saber que mientras él se martirizaba en el despacho, Julia lo hacía en el baño, pero por una causa diferente, ¡le parecía imposible el placer que había sentido al sentirse tan desvalida!

«Tengo que volver cómo si nada hubiese pasado», se dijo con naturalidad mientras retocaba su colorete frente al espejo, «no vaya a ser que me eche por no estar a su altura».

Cualquier observador neutral tendría dudas acerca que era más irracional o los actos de Albert o la interpretación que de los mismos hizo su asistente. Lo único cierto fue que tras cinco minutos reponiéndose en el servicio, la rubia volvió al despacho donde acababa de ser agredida una sonrisa diciendo:

—Señor, ¿me sigue dictando o lo dejamos para mañana?

—Mejor mañana— contestó el cincuentón alucinado: —Te reconozco que no sé por dónde iba.

—Ya lo siento— con sus mejillas coloradas por la vergüenza contestó mientras volvía a su mesa, al sentirse culpable que su jefe hubiese perdido su inspiración.

La actitud tan tranquila de esa cría despertó sus sospechas y no pudo ver lo evidente que era el carácter sumiso de la cría, para Albert esa chavala era como todas las mujeres, una arpía que solo esperaba la ocasión para darle una puñalada. Por ello, mientras la veía trabajando en el papeleo diario, decidió que debía ponerle un detective para averiguar qué era lo que realmente se proponía.

Cogiendo su teléfono móvil, llamó a su contacto y quedó con él que esa misma noche empezara a seguirla, no le importaba el coste, ¡quería saber todo de ella!

CAPÍTULO 7

Ese martes, Almudena Gutiérrez llegó a su oficina en el supremo pensando que iba a tener una mañana tranquila porque su jefe le había avisado que no iba aparecer en todo el día porque tenía un juicio. Aprovechando su ausencia, se dedicó a ordenar los asuntos pendientes mientras escuchaba música. Por eso la gordita no vio llegar a Marián hasta que la tuvo enfrente.

—Si viene por mi jefe, no está— comentó mientras involuntariamente comenzaba a temblar al recordar su amenaza.

—Lo sé— la pelirroja respondió mientras se sentaba sobre su mesa— no he venido a verle a él.

El descaro con el que Marián la miraba incrementó su nerviosismo y casi tartamudeando la preguntó en que podía ayudarla. Aunque sabía que esa mujer disfrutaba jugando con ella, jamás se imaginó que le dijera al oído:

—Necesito ir al baño, pero los públicos están muy sucios, ¿no podría pasar al de Pedro?

Engañándose a ella misma, la ayudante del fiscal no vio segundas intenciones en esa petición porque ella misma solía usarlo y levantándose de la mesa, sacó las llaves y abrió el despacho de Pedro, sin saber que nada más hacerlo esa zorra la agarraría del brazo y la obligaría a la fuerza a acompañarla.

— ¿Qué hace? — protestó con las gafas empañadas al ver que, entrando en el aseo, cerraba la puerta.

— ¿Tu qué crees? — fue la única respuesta que recibió antes que acercando su boca a la de ella, la pelirroja forzara sus labios.

Almudena se sintió transportada al cielo al sentir la lengua de esa mujer jugando con la suya y aunque sabía que para Marián ella era solo un capricho, no tardó en responder con pasión a sus caricias.

«Es tan bella», se dijo disculpando su entrega por que el deseo de besarla era tan grande que le daba igual todo.

La pelirroja sonrió para sí al advertir lo fácil que le había resultado y por

ello desabrochándose el vestido la dejó apoderarse de sus pechos mientras le susurraba que era una pequeña zorra que quería tirarse a la novia de su jefe. Incapaz de controlarse y con su coño ya encharcado, Almudena se sabía poca cosa para esa belleza y por ello comenzó a lamer esas dos tentaciones no fuera a ser que alguien llegara, frustrando con ello la culminación de ese sueño.

Hasta ese momento todo le parecía irreal, pero fue cuando sintió que las manos de Marian la forzaban hacía abajo cuando todo se desbocó y olvidando cualquier rastro de cordura, Almudena se arrodilló ante esa diosa.

—Bájame las bragas— escuchó que le decía al comprobar que no le importaba humillarse ante ella.

Como un autómatas, llevó sus dedos hasta el negro encaje y con el corazón a mil por hora, comenzó a tirar de él hacia abajo descubriendo el ansiado imposible que llevaba tanto tiempo deseando.

«Dios, es precioso», pensó tremendamente excitada al comprobar que lo llevaba casi depilado por completo.

Tanta belleza la había dejado paralizada y por eso tuvo que ser la propia Marián la que la sacara de ese estado al ordenarle que continuara. Costándole respirar, acercó su boca y con un temor casi religioso, tanteó con su lengua entre esos hinchados pliegues sin llegarse a creer todavía que no era una cruel broma la de esa mujer.

—Cómetelo, ¿no ves que lo estoy deseando? — la oyó decir mientras separaba las rodillas.

Con lágrimas en los ojos por la emoción, Almudena usó sus yemas para abrir los hinchados pétalos que cubrían el botón de la pelirroja y al encontrárselo ante sus ojos, lo adoró lentamente con suaves lametazos mientras su dueña se reía de ella exigiendo que profundizara sus caricias. La gordita no le hizo caso porque en su fuero interno era consciente que jamás en su vida tendría otra vez la oportunidad de disfrutar de ese manjar y por ello saboreó esa delicia lentamente.

«Está tan rico.», se repetía mientras paladeaba esa golosina que nunca imaginó tener a su alcance.

La persistencia de la tímida abogada sorprendió a Marián que acostumbrada a que para sus amantes masculinos el sexo oral fuera apenas un prolegómeno y no un fin.

«Joder con la pazguata», sentenció al sentir que contra todo pronóstico esos continuos lengüetazos la estaban empezando a calentar.

Para Almudena era suficiente poder disfrutar de esa delicia y tan concentrada estaba en ello que no se percató que la novia de su jefe estaba usando una de sus manos para darse un pellizco en el pezón hasta que un gemido la hizo subir la mirada.

Un sentimiento de alegría le llenó el corazón al comprobar que esa mujer no era indiferente a sus mimos y con una seguridad que hasta entonces no tenía, uso sus dientes para mordisquear ese primor.

—Me gusta— sollozó la pelirroja mientras se apoyaba en la pared.

La certeza que su inesperada amante estaba disfrutando la azuzó a ser más audaz y con una yema exploró el interior de la pelirroja mientras se relamía de gusto al hacerlo. El gemido ahogado con el que esta le regaló venció todos sus miedos y metiendo su lengua en su sexo, la comenzó a follar una y otra vez cada vez más rápido hasta que llegó un momento que le dio igual que pensara de ella y sin pedirle opinión se puso a masturbar soñando que la atracción que sentía por la pelirroja era correspondida.

Las sensaciones placenteras que para entonces se empezaban a acumular en Marián la hicieron tambalearse y por ello tuvo que tomar asiento. Almudena malinterpretó ese gesto y creyó que la novia de su jefe le daba entrada e incorporándose la besó. En un principio, a la pelirroja le sorprendió el sabor salado de sus jugos en boca de esa mujer y contra lo que se imaginaba le gustó. Sin habérselo planteado, se puso a jugar con la lengua de la gordita mientras esta seguía usando una mano para tocarla y la otra para masturbarse.

Mientras la besaba, llevó sus manos hasta los pechos de Almudena y para su regocijo comprobó que, a pesar de su sobrepeso, tenía unas tetas duras y bien puestas que no dudó en pellizcar mientras movía sus caderas para forzar más si cabe las caricias de la abogada.

—Fóllame – rugió al sentir que nuevamente su coño era asaltado por un par de dedos.

Ansiosa por colaborar, Almudena volvió a arrodillarse y ya sin ningún recato se puso a lamerle el clítoris con la lengua mientras metía y sacaba tres yemas de su interior. De repente, sus mejillas se llenaron de flujo y es que presa de un dulce pero no por ello menos intenso orgasmo, Marian explotó derramando el placer sobre su boca, boca que no pudo absorber todo el caudal que expulsaba en cada una de las sacudidas de sus caderas.

—Me corro— chilló tapándose con su propio vestido para que nadie la oyera.

Ese chillido fue música celestial para la gordita que no pudiéndose creer que esa diosa estuviera corriéndose gracias a ella, continuó hurgando en esa herida y con ello lo provocó no solo que su orgasmo se prolongara, sino que encadenara otros dos sin pausa.

—Dios, eres insaciable— se rio la pelirroja al ver que la gordita no dejaba de extraer el jugo de su sexo.

—La culpa la tienes tú, estás deliciosa— alcanzó a decir esta con la cara totalmente impregnada de flujo.

La satisfacción que leyó en Almudena le convenció que era suficiente y mirando su reloj, vio que llevaban veinte minutos en ese baño.

—Se van a dar cuenta que algo pasa.

La chavala comprendió que, aunque quisiera seguir, su tiempo había terminado y por ello la ayudó a vestirse mientras no paraba de decirle que podía volver a usarla para relajarse cuando ella quisiera.

—Lo pensaré— comentó muerta de risa al salir del aseo y tras comprobar que mientras estaba ocupadas su contacto había podido dar el cambiao a las muestras de la farmacéutica, le dijo: — Tal vez te llame para que vengas a darme este mismo tratamiento a casa.

—Si me llama, iré — replicó esperanzada la gordita creyendo que tendría alguna oportunidad de repetir con ella...

Albert llevaba un par de día pasándolas putas en la oficina por el desenfrenado morbo que le producía su nueva asistente y es que no podía dejar de pensar en la expresión de su cara cuando casi la estrangula. Por mucho que lo intentaba evitar esa imagen venía a cada rato a su memoria y eso le mantenía en un estado de excitación constante.

Ni siquiera le hacía falta su cercanía. Con oler su colonia, sus hormonas se ponían a funcionar y en su imaginación se veía poseyéndola sobre la mesa mientras la joven no dejaba de gritar.

Sabía que tenía un problema con esa pechugona porque ni sospechando que Julia estaba preparando una demanda de acoso en su contra, podía abstraerse de soñar como tendría sus pezones y si algún día podría tenerlos en la boca.

Esa mañana había recibido una llamada del detective al que le había encargado su seguimiento y aunque le había anticipado que lo que había descubierto le iba a sorprender, no quiso aclararle nada hasta que se vieran en persona.

— ¿No me puedes avanzar algo? — preguntó al sujeto mientras desde su silla admiraba como la rubia meneaba su trasero al ir a la fotocopidora.

—No por teléfono, mejor no correr riesgo— fue su respuesta y por ello quedaron en verse a las ocho de la tarde en la cafetería de enfrente.

Unos metros más allá, a Julia le pasaba algo parecido. No sabía que pensar sobre el hecho que desde esa funesta tarde su jefe había cortado de cuajo sus dictados e incluso había reducido al máximo las veces en las que solicitaba su ayuda.

«Creí dejar claro que no le echaba en cara lo que hizo», se lamentó. Las esperanzas de convertirse en objeto de la lujuria de ese cincuentón habían desaparecido casi por completo y eso la cabreaba porque apenas dos días antes se veía siendo su juguete.

«No soy como su antigua secretaria, ¡yo nunca le demandaría!», concluyó al recordar el placer que había sentido al sentir las manos de Albert cerrándose

sobre su cuello.

Ese recuerdo lo vivió de nuevo en su mente de una forma tan real que contra su voluntad notó como se le encharcaba el coño sin necesidad de tocarse y por un momento pensó en llamar al que había sido su pareja para invitarle a una noche de desenfreno.

«Me dijo que no puede verme hasta que solucione sus temas», con disgusto pensó al evocar la escena en la que sin mayores explicaciones le pidió un impase en su relación.

Estaba pensando en ello cuando escuchó que tenía una llamada. Al contestar, era la tal Marián. Al pasársela a su jefe, no colgó y se quedó escuchando. Por ello no pudo dejar de sentir celos cuando oyó que Albert la saludaba afectuosamente pero cuando realmente se enfadó, fue al oír el tono meloso de la pelirroja pidiéndole una cita.

— ¿Ya lo tienes?

—Sí— respondió la mujer – pero antes de darte tu regalo, necesito que me digas si tu amigo ha hecho la reserva.

Julia comprendió que esa zorra en realidad le estaba diciendo que quería su dinero.

—Te llevaré la confirmación cuando nos veamos— Albert contestó y asumiendo que la compañía necesitaría al menos un par de días en conseguir esa suma en efectivo, quedó con ella el viernes en el mismo lugar.

—Allí estaré— dando por terminada la conversación, Marián contestó.

A Julia no le quedó duda que esa corrupta encima se iba a tirar al cincuentón y eso la perturbó porque llevaba excitada desde que esa mañana había tenido que soportar nuevamente los abusos de la adolescente en el autobús. Y como no la dejó llegar, lejos de tranquilizar su calentura, la había puesto como una moto.

«Necesito que me echen un polvo pronto. Si no me lo echa el jefe, tendré que buscarme a otro», concluyó mientras disimuladamente se frotaba la entrepierna contra la mesa en un intento de calmar la comezón.

No tardó en darse cuenta de que ese roce estaba provocando el efecto contrario, pero supo que ya era tarde al notar que había traspasado la frontera en la que todavía podía contenerse: estaba mojando la silla con su flujo y tenía los pezones duros como piedras.

«Tengo que ir al baño a masturbarme o lo terminaré haciendo aquí», se dijo

y viendo que su jefe seguía hablando, cogiendo su bolso, se levantó.

Por el pasillo estaba tan excitada que le parecía que a cada paso les llegaba a sus oídos el chapoteo de su chocho y por ello, se encerró con llave para evitar que alguien pudiera sorprenderla mientras se tocaba.

Durante un minuto usó sus dedos para hacerlo hasta que comprendió que necesitaba algo más potente. Completamente nerviosa buscó el consolador de emergencia que siempre llevaba en el bolso, pero no lo encontró y como adicta en busca de su dosis, registró los cajones tratando de encontrar un objeto que meter en su vagina.

«Esto servirá», se dijo al hallar un bote de espuma de afeitar que algún despistado había dejado en el servicio.

Asumiendo que por su tamaño era difícil que le entrara, se lo metió en la boca y lo estuvo lubricando con su saliva hasta que no pudo aguantar más. Entonces abriendo de par en par sus piernas, lo fue introduciendo lentamente en su interior hasta que notó que chocaba con la pared de su vagina.

«Estoy enferma», musitó entre dientes al experimentar que el placer se iba adueñando de su persona y cerrando los labios intentó evitar que sus gemidos pudieran delatar lo que estaba ocurriendo en el servicio.

Aterrorizada por la intensidad de sus sensaciones, empezó a meterlo y sacarlo lentamente como un autómatas mientras se imaginaba que era la verga del cincuentón la que se adueñaba de su coño.

«¡Úseme como a una de sus putas!», oyó que exclamaba en el interior de su cerebro mientras aumentaba el ritmo con el que se empalaba.

Estaba desatada y mientras con una velocidad frenética se incrustaba el bote en sus entrañas, liberó sus pechos para acto seguido comenzar a pellizcar con saña sus pezones. El dolor que sus dedos provocaron al torturar sus areolas le cortó la respiración, pero no por ello dejó de usar ese improvisado instrumento para acuchillar una y otra vez su coño.

«¡Estoy en celo!», se dijo al comprender que pocas veces había estado tan excitada y sacando su móvil, se sacó una foto con la que inmortalizar ese momento.

Por un segundo pensó en mandársela a su jefe. Con solo imaginarse la cara del cincuentón al recibirla, un brutal orgasmo la hizo tambalearse y no pudiéndose mantener en pie, cayó de rodillas al suelo mientras lanzaba un aullido de placer.

Tirada sobre las baldosas esperó a que cesaran los estertores que sacudían

su cuerpo, tras lo cual, acomodándose la ropa, salió del baño temiendo que alguien pudiese oler el aroma a sexo que sin duda desprendería.

—Siento haber tardado tanto— murmuró avergonzada al ver la cola que se había formado en el pasillo mientras daba rienda suelta a su lujuria.

Al llegar a su mesa, una sonrisa afloró a su rostro al pensar y desear en cierta forma que alguno de los compañeros que esperaban para entrar se diera cuenta de lo que había pasado en ese cubículo.

«Sabrá que la nueva asistente del jefe es una zorra y eso me gusta», sentenció mientras revisaba si le quedaba algún asunto que terminar antes de irse a casa. Después de comprobar que no tenía pendiente y viendo que ya eran las siete y media se levantó a preguntar a Albert, si necesitaba algo.

La entrada de su asistente provocó que se le acelerara el ritmo del corazón al cincuentón.

«¡Como me apetece darles un buen mordisco!», rugió mentalmente al contemplar el bamboleo de los juveniles senos de la chavala.

—Perdón, ¿me va a necesitar? O puedo irme ya.

Aunque de buen grado la hubiese puesto con el culo en pompa sobre su mesa, contestó que la veía al día siguiente.

Consciente de la mirada que le había echado y mientras recogía sus cosas, Julia se preguntó la razón por la que Albert la rehuía. No comprendía que no intentara nada cuando no paraba de devorarla con la mirada.

«Si quiero que se lance, voy a tener que insinuárselo», concluyó mientras se dirigía a la salida.

Desde su despacho, el abogado disfrutó del sensual movimiento que la becaría imprimía a su trasero al andar y suspiró soñando que el detective no confirmara sus sospechas y que tuviera información con la que extorsionarla.

«De ser así, ¡ese culito será mío!».

Apenas quedaban quince minutos para saberlo, pero al no poderse concentrar en ningún asunto por el perverso interés que esa rubia le provocaba, decidió cerrar su ordenador y marcharse del despacho.

Al entrar en la cafetería, le alegró comprobar que investigador ya le estaba esperando en la mesa de siempre y llamando al camarero, le pidió una cerveza.

El detective sacando el dossier que había preparado, le soltó a bocajarro mientras se lo daba:

—Espero que no tenga un interés personal en esa muchacha porque lo que le traigo es una bomba.

Sus palabras le hicieron creer a Albert que había ratificado que Julia estaba preparando una demanda en su contra y por eso le sorprendió al abrir la carpeta una foto de su asistente siendo manoseada por una cría.

— ¡Es lesbiana! — soltó desilusionado.

Desde el otro lado de la mesa, el sabueso con sorna replicó:

—Mejor no saque conclusiones precipitadas, le aconsejo estudiar antes todo el informe.

Conociendo al sujeto, comprendió que tras esa sonrisa se escondía algo importante y por eso sacando las gafas de su bolsillo, se puso a leer lo que había escrito. Tras una descripción somera del trabajo encomendado en el que no venían nombres ni dirección, el investigador explicaba que conocer había conseguido entrar al piso donde la rubia vivía. Tras hacer una copia al ordenador había localizado gran cantidad de objetos sexuales, cuya función hacían suponer que las preferencias del objeto de estudio por el mundo de la sumisión.

«Nunca lo hubiese adivinado», murmuró entusiasmado Albert al ver que el inventario que el detective había levantado además de una extensa variedad de consoladores incluía esposas, látigos y hasta pinzas para pezones.

La siguiente página del dossier era una relación de los sitios de internet que habitualmente la becaria visitaba. Después de echarle un somero vistazo y con solo leer sus nombres el abogado comprendió que volvía a ratificar la idea que se encontraba con una sumisa de libro.

«Joder, joder, joder... ¡qué bien me lo voy a pasar!», sin exteriorizarlo sentenció al contemplar dos series de imágenes. Una que se notaba que habían sido tomadas por ella en la que se veía a la rubia practicando todo tipo de posturas mientras era azotada, vejada y atada por su pareja.

Pero fue la segunda la que más le gustó. Sin tener que mirar la fecha, supo que había sido tomada esa mañana porque esa zorra llevaba la misma ropa con la que había llegado a la oficina. Eran solo doce fotos, pero no tenían desperdicio al mostrar claramente como una adolescente abusaba de ella en pleno autobús mientras Julia disimulaba mirando por la ventana.

Al terminar de leer las conclusiones en las que ese detective aconsejaba su despido por el riesgo que esa inclinación fuera usada para extorsionarla, cerró la carpeta con gesto serio.

—Lo estudiaré detenidamente— comentó – y ya te llamaré si necesito algo más.

Como viejo zorro, el investigador no se creyó la pose y mientras se

despedía de su cliente, compadeció a la chavala porque esa información en manos de Albert era dinamita pura...

Después de haberse pasado toda la noche dando vueltas en la cama, Albert se levantó con una sola idea rondando en su mente:

“Se iba a tirar a la rubia y cuanto antes mejor”.

La certeza que con el dossier en la mano era imposible que esa becaria se le escapara, casi no le había dejado dormir al imaginarse mil formas diferentes en las se iba a aprovechar de esa monada. A pesar de que le excitaba tratarla como sumisa desde el primer momento, decidió dar tiempo al tiempo e ir volviéndola loca con insinuaciones sobre su condición sexual y algún que otro roce. Tras pensarlo detenidamente, decidió que lo mejor era sacarla de su entorno y allí iniciar su acoso. Por ello haciendo tiempo y mientras desayunaba, la llamó a su móvil personal.

Julia acababa de salir de la ducha cuando su teléfono comenzó a sonar y como en absoluto se esperaba esa llamada, contestó a su jefe muy nerviosa:

—Julia, perdona que te llame a estas horas, pero tengo una visita a las diez y se me ha olvidado el expediente en la oficina. ¿Te importa coger un taxi y traérmelo? Yo te lo pago. Lo necesito para darle un repaso antes de la reunión.

—No hay problema, solo dígame donde lo tiene y la dirección a la que tengo que ir.

A través de la línea telefónica era imposible que la becaria pudiese observar la sonrisa malévolamente de su jefe mientras le respondía y menos que lo hacía mientras se masturbaba pensando en ella, pero aun así algo en la conversación le puso en alerta y casi temblando, cerró la comunicación.

«Ha estado demasiado amable», se dijo con la mosca detrás de la oreja.

Mientras se vestía para nada sospechaba que se dirigía a una encerrona. Sus recelos iban en otra dirección, pensando que ese cincuentón la menospreciaba al asumir que solo servía para hacer recados.

«Estoy haciendo un máster y me tiene de mensajera», protestó al saberse poco valorada.

Inconscientemente a la hora de elegir la ropa escogió un vestido bastante pegado con el que se sentía poderosa y que contaba con botones en el escote por si necesitaba desabrochar alguno para seducir al cincuentón.

«De hoy no pasa que Albert se dé cuenta que sirvo para algo más que llevar papeles de un lado a otro», sentenció mientras se echaba una colonia penetrante y cara como colofón a su vestimenta.

Al tomar el taxi que le llevaría a la oficina, se dio cuenta que iba a faltar a su cita diaria con la estudiante:

«Sabrá que me ha surgido un imprevisto», pensó mientras lamentaba no tener el número de esa monada de ojos verdes para avisarla y que no se enfadara con ella.

Al llegar a la torre, pidió al taxista si podía esperarla para no perder el tiempo buscando otro, tras lo cual, salió corriendo a la oficina. Ya en el despacho de Albert no le costó encontrar el expediente que buscaba y con él bajo el brazo entró nuevamente en el taxi mientras le decía a su conductor que se diera prisa porque no debía llegar tarde.

—Hay bastante tráfico, ¿a qué hora ha quedado?

—A las nueve treinta.

—No se preocupe llegará antes, se lo aseguro.

Más tranquila, abrió la carpeta y se puso a revisar de qué iba para hacerse una idea antes de llegar. No le costó reconocer que apenas sabía nada de lavado de dinero y por ello comprendió que no podía dar una opinión basada de ese asunto.

«Mira que soy boba, ¡cómo si me fuera a preguntar!», desmoralizada concluyó, pero aun así aprovechó la media hora del trayecto para revisar las nuevas disposiciones al respecto que habían sido publicadas durante el último año.

Había quedado en el hall con su jefe y cuando llegó vio que le estaba esperando. Por ello aceleró su paso sin advertir que al hacerlo sus pechos se balanceaban peligrosamente bajo su vestido.

Ella no, pero el cincuentón por supuesto que lo vio y valoró en su justa medida el erotismo de ese sensual movimiento vertical con la boca seca.

«¡Menudos pechos me voy a comer!», sentenció relamiéndose de antemano mientras tomaba de su mano los papeles.

De pie Julia esperó para decirle adiós, pero contra toda lógica cuando hizo el amago de despedirse, el abogado la ordenó que le acompañara.

—Te vendrá bien conocer a este capullo y que no te engañe su aspecto. Puede parecer solo un anciano, pero es el hombre más inteligente con el que me he topado. Si te pido algo, quiero que lo hagas sin rechistar.

—No se preocupe, le obedeceré en todo— contestó enormemente contenta por la oportunidad que le brindaba, entrando con él al ascensor.

No supo interpretar la sonrisa del cincuentón al escucharla, pero alcanzó a percibir que algo había cambiado en su relación nada más cerrarse las puertas.

—Por cierto, nuestro cliente es un tanto cerdo y no hay cosa que más le guste que un par de pechos bien puestos— escuchó que le decía. Y antes que pudiese opinar o decir algo, vio que Albert acercaba sus manos a su escote y le desabrochaba un par de botones.

Casi se muere de vergüenza en ese momento porque al notar los dedos de su jefe sobre su vestido, sus pezones se le pusieron duros y sin saber qué hacer ni qué decir, únicamente sonrió.

—Así me gusta, una muchacha dispuesta y con gusto para la lencería— Albert comentó señalando el coqueto sujetador que llevaba mientras premiaba a su asistente con un suave pellizco en su trasero.

Julia disfrutó de esa caricia sin quejarse no fuera a ser que su jefe se enfadara y con renovadas esperanzas se vio triunfando en la organización, aunque para ello tuviese que ser la puta del dueño.

Al ver la falta de reacción de la becaria, el cincuentón concluyó para sí:

«Hoy me la follo».

Y más excitado de lo que debería estar para enfrentarse con el típico cliente, dudó si pasar su mano por la cintura de la muchacha mientras informaba a la recepcionista de su llegada.

«Tranquilo macho, no se vaya a asustar antes de tiempo».

Tuvieron que esperar unos cinco minutos sentados uno frente otro antes que la secretaria del tipo que iban a ver saliera a recibirle. Cinco minutos que a Julia se le pasaron como un suspiro al sentir y disfrutar el examen exhaustivo de la mirada de Albert recorriendo sus piernas.

«Me estoy poniendo cachonda», suspiró para sí mientras con descaro separaba sus rodillas y así dar al cincuentón un mejor ángulo desde el que ver la totalidad de sus muslos.

Ese gesto no le pasó desapercibido al abogado y por ello tras saludar a su cliente, la obligó a sentarse junto a él.

«Esta zorra no sabe de lo que soy capaz», en silencio discurrió mientras ponía al corriente sobre las novedades del asunto a su conocido.

Impresionada por el nivel de la conversación y de la cantidad de dinero del que se hablaba, Julia estaba como ida y por ello jamás pensó que en un momento dado su jefe iba a dejar caer la mano sobre su pierna mientras le preguntaba por su opinión. Por un instante creyó que era algo casual y por ello sin quejarse, citó la última disposición del consejo de ministro referente al blanqueo de capitales.

—Ves Manuel, además de ser bonita, esta rubia piensa— haciendo ostentación de su asistente, replicó Albert mientras comenzaba a acariciar el muslo de la indefensa chavala.

«¡No me puede estar ocurriendo esto a mí!», exclamó mentalmente al asumir sin ningún género de dudas que su jefe la estaba manoseando conscientemente.

Cualquier otra se hubiese levantado pero su naturaleza sumisa le hizo no solo permanecer sentada junto a su agresor, sino que, colaborando con él, acomodarse en la silla levantando aún más su falda. Al advertir esa maniobra, Albert sonrió y mientras charlaba sobre la demanda con su cliente, elevó el listón de su acoso llevando su mano hasta el inicio del tanga de su asistente.

«Se va a dar cuenta que estoy mojada», con una mezcla de temor y expectación pensó ésta al experimentar por vez primera la caricia de ese maduro sobre su sexo.

A pesar de ello gozó de sobremanera que, olvidando que tenían compañía, su jefe aprovechara el momento para localizar a través del encaje su clítoris.

«Dios, ¡me va a masturbar!», pensó mientras sentía que se le cortaba la respiración.

La entrega de la muchacha exacerbó el morbo del cincuentón y deseando comprobar los límites a los que estaba dispuesta a llegar esa guarrilla, con dos yemas separó la tela del tanga y ya sin limitación alguna, se puso a gozar del erecto botón que se escondía entre esos pliegues.

«¡Lo está haciendo!», se dijo mientras mordía sus labios para no gritar al sentir que el placer se iba acumulando bajo su vestido.

Ajeno a lo que estaba ocurriendo bajo su mesa, el cliente no dejaba de

preguntar a su abogado sobre las posibles consecuencias del pleito y este a pesar de lo que estaba haciendo le contestaba sin perder el hilo de sus respuestas. Esa capacidad para seguir analizando los temas con entereza fue la gota que derramó el vaso de la rubia porque al oír como dictaminaba sobre el futuro legal del asunto mientras manipulaba con habilidad su coño, se corrió.

Albert sintió sobre sus yemas la convulsión de su asistente, pero lo que realmente le confirmó que tenía una zorra que valía la pena educar fue ver su cara de placer cuando sacando su mano de debajo de la mesa, se llevó los dedos totalmente pringados de flujo hasta la boca y los chupó.

Esa imagen profundizó y alargó el orgasmo que sentía. Nuevamente se corrió al saber sin temor a equivocarse que su jefe la iba a tomar bajo su mando y que junto a él iba a poder descubrir nuevas formas de humillación que jamás se había planteado.

Durante el resto de la reunión, Albert no la hizo caso y eso la molestó porque sentía que después de lo que se había dejado hacer al menos se merecía que la tomara en cuenta.

Solo al final y cuando ya estaban a punto de despedirse se acordó que estaba presente y fue cuando al oído le dijo que se asegurara de secar la silla porque no quería que el cliente se diese cuenta que tenía una puta como asistente.

Curiosamente, ese nada velado insulto la alegró y con una reveladora sonrisa, contestó dejando clara su verdadera condición:

—No se preocupe, nadie se dará cuenta... mi señor.

Una mueca satisfecha fue la única demostración que recibió por parte del abogado demostrando que no solo le había oído sino entendido y para Julia eso fue suficiente para a la hora de despedirse saber que no tardaría en ser tomada por él.

Ya en el ascensor, el desdén con el que pasó de ella volvió a crear dudas en la muchacha porque se había imaginado que Albert iba a aprovechar la soledad de ese cubículo para tocarla.

«Ahora, ¿qué he hecho?», se preguntó casi llorando mientras a su lado el cincuentón en silencio meditaba sobre si ir a la oficina o directamente a un hotel.

Recordando que la mayoría de las pruebas que había aportado su anterior asistente consistían en los registros de ese tipo de establecimiento, decidió que el debut con la rubia sería en su propio despacho y que si la cosa iba tan bien como

pintaba, ya tendría tiempo de alquilar un discreto apartamento que le sirviera de picadero.

En la calle, les esperaba el chófer de la compañía en una limusina y como jamás había subido en una, Julia no pudo dejar de sonreír sintiéndose en la cima del mundo mientras entraba en su interior.

Al hacerlo regaló a su jefe con una inesperada visión de su tanga y de gran parte de sus muslos. Eso desencadenó que nada más aposentarse en el sillón, cerrara la cortinilla de separación con el conductor y girándose hacia ella, le soltara:

—Muéstrame tus tetas.

Colorada hasta decir basta por tan abrupta petición, Julia fue desabrochando uno a uno los botones mientras a su lado Albert le exigía que se diera prisa.

—Te he dicho que quiero verlas, ¡quítate ese sujeta peras tan horroroso! —exigió al ver que se había quedado quieta tras abrirse de par en par el vestido.

Tan excitada como nerviosa, Julia comentó que la gente podía verla y que por qué no esperaban a estar solos. La respuesta de su jefe consistió en desgarrar su sujetador favorito y sin tomar en cuenta el grito de sorpresa que dio, se apoderó con los dientes de sus pezones ya erectos.

«¡Me encanta!», suspiró al sentir que los mordisqueaba con decisión mientras la despojaba del tanga.

Durante un par de minutos el cincuentón disfrutó de los melones de la becaria como si fueran verdadera ambrosía reservada para unos pocos hasta que sintiendo que podía aprovechar el viaje para relajar la tensión de sus huevos, se separó de ella y guardando el tanga en un bolsillo, le dijo:

— ¿Qué esperas para hacerme una mamada?

Ese capricho cayó como un obús en la línea de flotación de la muchacha que no se esperaba tal orden y por ello solo reaccionó cuando con el complemento de una bofetada, Albert insistió que se la mamara.

Escociéndole la mejilla, Julia comprendió que debía cumplir ese mandato y llevando su mano hasta la bragueta de su jefe, liberó la verga erecta del cincuentón.

— ¡Es preciosa! — exclamó gratamente sorprendida al admirar la belleza de sus venas inflamadas y el rosado capuchón en el que terminaba.

El perverso sujeto soltó una carcajada al escucharla porque en su alargada experiencia habían alabado su polla con muchos adjetivos, pero jamás habían usado una tan cursi como ese.

—Ponte a mamar de una puta vez, quiero correrme en tu boca antes de llegar a la oficina.

En esta ocasión, no tuvo que repetírselo porque para entonces todas las neuronas de su cerebro la exigían saborear el duro y hermoso caramelo que la lujuria de ambos había puesto en su camino.

Con una dedicación y esmero que pilló desprevenido a su jefe, Julia comenzó a lamer cada centímetro de su miembro dejando clara su experiencia en ese tipo de situaciones y solo cuando ya la tenía bien embadurnada con su saliva, abriendo su boca la fue haciendo desaparecer mientras Albert alucinaba.

—Me podía haber dicho que eras una experta mamadora, te hubiera exigido antes que me demostraras esas dotes— comentó satisfecho mientras empezaba a acariciar las nalgas de la muchacha.

Como no le había dado permiso para hablar, la rubia disfrutó a solas de ese piropo sin exteriorizarlo y ya convencida que debía esmerarse, consiguió embutirse la totalidad en su garganta al mismo tiempo que con sus manos masajeaba los huevos del que ya consideraba su nuevo mentor.

Julia buscando una mejor postura, se arrodilló frente a su jefe mientras lentamente se iba introduciendo en la boca el hinchado pene nuevamente, pero esta vez se lo metió hasta que sus labios tocaron su base. Radiante este le presionó la cabeza con sus manos forzándola a proseguir su mamada mientras sonreía al comprobar que su pene se acomodaba perfectamente en la garganta de la becaria.

—A partir de hoy me recibirás con una mamada— alegremente Albert comentó al sentir la humedad de su boca.

Su asistente incrementó la velocidad de la maniobra buscando como loca el conseguir el anhelado alimento y no contenta con ello, con sus dedos comenzó a acariciar los huevazos del maduro al tiempo que llevaba una mano entre sus piernas y se ponía a masturbar acariciando con delicadeza su clítoris.

Para entonces, los mimos de esa felación habían llevado a Albert al borde del orgasmo por lo que gritando le informó que se iba a correr. La rubia sorprendiendo nuevamente a su jefe le pidió que lo hiciera en su boca.

— ¡Cómo me lo voy a pasar con una puta como tú en la oficina! – replicó

al tiempo que acelerara el compás con el que se follaba la boca de Julia.

Cuando explotó en su interior, la muchacha no le hizo ascos a ese semen y prolongando su mamada, consiguió beberse toda la blanca simiente del maduro pensando para sí que con ello esté estaría contento al no deja ni una gota manchara su immaculado traje.

—Así me gusta putita— dijo el abogado al ver que se la dejaba impecablemente limpia.

Tras lo cual, la premió con un mordisco en los labios y la exigió que se vistiera para que, al llegar a la oficina, nadie pudiese sospechar de ellos.

— ¿No me va a follar? — casi llorando protestó.

—Puede que luego... si te portas bien y cumples todos mis caprichos— descojonado Albert replicó por la urgencia que mostraba esa rubia en ser follada.

Por enésima vez, Julia sobrepasó sus expectativas al contestar:

—Entonces, no tardará en follarme. ¡Soy muy obediente!...

Más tranquilo tras esa primera mamada y mientras se colocaba el tanga de la muchacha en su bolsillo a modo de trofeo, decidió premiar la nueva fidelidad de su asistente y mientras subían en el ascensor, le comentó:

—Te voy a dar un par de asuntos fáciles para que los lleves. Espero mucho de ti, no me defraudes.

La noticia la cogió desprevenida porque no se esperaba que su entrega produjera resultados tan rápidos y tartamudeando apenas pudo mascullar un breve y elocuente agradecimiento:

—No se preocupe, ¡cumpliré con todo lo que me exija!

La alegría con la que esa becaria había recibido esa nueva encomienda le satisfizo e indagando hasta donde llegaba su sumisión, preguntó a Julia que le parecía que luciera su ropa interior en la chaqueta.

—Es un honor, pero lo único que me preocupa es que se le olvide que lo lleva y al llegar a su casa eso le cause problemas.

Le alegró que pensara en su bienestar y tras pensarlo dos veces, le pidió que antes de irse debía recordarle que se las devolviera mientras se abrían las puertas del ascensor.

—Así lo haré, mi señor— musitó en voz baja para que solo lo oyera su jefe y no los demás de la oficina.

Ya en su despacho, Albert cumplió con lo prometido y seleccionando un par de temas cuya complejidad legal era nula, se los pasó a Julia anunciándole que si lo hacía bien le iría dando otros más complicados.

La becaria estuvo tentada de agradecersele con una nueva mamada, pero asumiendo que ese maduro no tardaría en requerir sus servicios y que no debía forzarlo, con los expedientes bajo el brazo volvió a su mesa.

«¡Quién me iba a decir que hoy trabajaría sin bragas!», sonrió al sentir que bajo su vestido el aire acondicionado refrescaba su acalorado coño, tras lo cual se puso a estudiar los primeros casos de su carrera.

No le importó comprobar que eran casi un mero trámite porque sabía que, si seguía siendo servicial y aplicada con ese cincuentón, este no tardaría en encomendarle algo más importante.

Es más como al llegar su jefe se metió en una reunión con el resto de los socios, de la que no salió en toda la mañana, eso le permitió ocuparse por completo de elaborar los documentos a presentar y antes de irse a comer ya había completado esa tarea.

«Albert sabrá que además de puta, soy eficiente», se dijo al mandarles los archivos por mail.

Contenta y satisfecha por la labor hecha, cerró su ordenador y se fue a picar algo sin recordar que llevaba su sexo al aire. Al darse cuenta ya sentada en la cafetería, no solo no le importó, sino que levantó un poco su falda con la ilusión que alguno de los ejecutivos que estaban en el local la descubriera.

«Soy una zorra», sonrió.

Julia se sintió desilusionada después que, durante media hora, ninguno de esos estresados sujetos reparara en su ausencia de ropa interior y por ello incrementó el peligro acercándose donde estaban comiendo un par de compañeros del bufete, pero estos estaban tan metidos en una discusión que tampoco se fijaron siquiera en que no llevaba sujetador.

«Son una panda de maricones», se lamentó al ver que por mucho que se esforzaba nadie la hacía caso y con la moral baja, volvió a la oficina.

Al llegar a su mesa, leyó un mensaje de su superior que le levantó su alicaído ánimo. En él, Albert le decía que había echado un vistazo por encima a sus escritos y que estaban bien para ser una novata pero que esa tarde los terminarían de afinar cuando llegara.

«Mi señor es un hombre y no esos pazguatos», pensó al asumir que implícitamente le estaba informando que esa misma tarde la iba a poseer.

La perspectiva que la tomara en la propia oficina exacerbó su lujuria y sin necesidad de tocarse, sintió que la humedad volvía a su sexo al preguntarse cómo lo haría y si en mitad del acto la premiaría con unos azotes.

«Ojalá elija mi culo para desahogarse», suspiró mientras se imaginaba al cincuentón desflorando su ojete con su verga erecta.

Al imaginarse la escena, recordó el enorme tabuco que lucía entre las piernas y decidió facilitarle tanto la decisión a su jefe como a ella el trance de ser tomada analmente. Por ello sacando un pequeño consolador de su bolso, se lo incrustó en el trasero mientras pensaba:

«Al verme con él, no dudará en cómo follarme».

Aunque su idea principal era sorprenderlo, también era consciente que con ello iba a confirmar su disposición a todo tipo de prácticas sexuales. Lo que no previó es que su jefe se retrasara más de la cuenta ni que la acción de ese intruso elevara su calentura a niveles insoportables.

Por ello cuando llegó cerca de las siete de la tarde, Julia estaba desesperada y necesitaba un repaso inmediato por parte de su mentor. Ni siquiera esperó que le llamara y desabrochándose un par de botones de su vestido, entró a verle a su despacho, cerrando la puerta con llave.

Albert estaba ocupado contestando un email y no se percató de su presencia. Ese contratiempo no menguó su deseo. Decidida a que esa tarde la estrenara, se arremangó la falda para que pudiera ver el inicio de sus nalgas y poniendo cara de niña buena, le informó que estaba ahí diciendo con voz melosa:

—Don Albert, ¿puedo ayudarle en algo?

El abogado levantó su mirada y sonrió al ver que era su becaria en plan guerrera. Durante un segundo pensó en cómo actuar y tragando saliva para que no notara lo mucho que le ponía esa escena, contestó que le ayudara a organizar sus papeles porque ello le brindaría la oportunidad de contemplarla mientras decidía que hacer.

Julia supo que era una excusa para mirarla y por ello contoneándose descaradamente, se acercó a la mesa del abogado conocedora que sin sujetador y con ese escote solo con inclinarse sobre el escritorio, Albert podría disfrutar sin impedimento de sus juveniles pechos.

Tal y como había previsto, al hacerlo pudo comprobar que los ojos del cincuentón se perdían en su escote por lo que durante unos segundos lo dejó recrearse en sus senos y cuando ya había captado su atención, distraídamente tiró un cuaderno al suelo para que, al recogerlo, este pudiese comprobar que no había reemplazado el tanga y que llevaba entre sus nalgas a su pequeño amigo.

Siguiendo un plan preconcebido, se puso a cuatro patas frente al socio con el culo exageradamente en pompa, pensando que si con ello no conseguía que se la follara es que no lo atraía como mujer.

Afortunadamente lo oyó resoplar y eso le dio el valor de dar el siguiente paso. Tras menear unos momentos su desnudo pandero ante su jefe que permanecía sentado en su silla se levantó y casualmente tropezó sobre sus rodillas.

—Qué desastre soy— le dijo al oído mientras comprobaba con su mano la erección que había provocado al maduro y no contenta con ello, se permitió el

lujo de restregar su coño contra ella al tiempo que con voz de zorrita le susurraba: —comprendería que me tuviese que castigar por ser tan torpe.

Albert que era un hueso difícil de complacer la dejó seguir frotándose contra él sin mostrar ningún tipo de reacción para que esa becaria tuviese que currárselo. Julia no había sospechado que su acción quedara sin recompensa y bastante nerviosa, incrementó su acoso sobre el cincuentón pidiendo por medio de gemidos que la tomara.

No tardó en sentir que, sin quitársela de encima, le empezaba a quitar el vestido y eso la hizo saber que pronto vería colmados sus deseos.

—He sido mala y usted tan bueno— sollozó al notar los dedos de su jefe acercándose peligrosamente a sus pezones.

La respuesta de Albert a tanta súplica consistió en un duro pellizco sobre sus ya erizadas areolas mientras la terminaba de desnudar.

El placer que esa ruda caricia provocó en su asistente le confirmó letra a letra lo que el detective había avizorado y sabiendo de ante mano que a la niña le gustaba el sexo salvaje, la levantó en volandas y con lujo de violencia, la colocó contra la mesa.

Una vez ahí, le quitó el consolador del culo y tomándola del pelo, le gritó al oído:

—Qué sea la última vez que haces algo sin consultarme. Me gusta que una puta sufra cuando le rompo el culo y hoy no voy a poder descubrir tus gritos— tras lo cual, de un solo golpe la embutió todo su instrumento dentro del coño.

Que no usara su ano y que eligiera su sexo, destanteó a la pequeña rubia porque no en vano había maniobrado para que su primera vez con el fuera anal pero la furia con la que la empaló fue un sustituto brutal y placentero que la hizo chillar de dolor y placer desde el primer momento.

—Lo siento, mi señor. ¡No volverá a ocurrir! — aulló descompuesta al experimentar que ese pedazo de hierro la llenaba al completo.

Jamás se había planteado que ese maduro se iba a molestar por su regalo, pero al sentir el modo en que machacaba sin parar la pared de su vagina, supo que volvería a hacerlo en cuanto tuviera la oportunidad si con ello le daba esa lección de galope atroz.

—Mi señor, ¡úseme como a su puta!

Para entonces a la becaria se la veía desesperada. Quería recuperar el tiempo perdido y agarrándose a los bordes de la mesa, se retorció llorando de placer mientras el abogado la penetraba sin parar. Su propia excitación la dominó y chillando como posesa, le pidió que no tuviera piedad con ella porque se merecía un castigo.

Sus palabras le sirvieron de acicate y asaltando su pequeño cuerpo con brutales penetraciones, comenzó a azotar su trasero con dolorosas y sonoras nalgadas. La muchacha al sentir esas rudas caricias gritó que no parara mientras aullaba de placer reconociendo lo mucho que le gustaba se las había ingeniado para con una mano masturbarse sin perder el equilibrio.

—He sido mala y debe de hacerme aprender la lección— pidió dando un aullido.

Albert comprendió que esa mujer necesitaba caña y por ello aceleró sus caderas, convirtiendo el ritmo con el que se follaba a su asistente en un alocado galope. Julia al sentir los huevos rebotando contra su sexo, se volvió loca y presa de un frenesí que daba miedo, buscó que ese pene la apuñalara sin compasión.

—Me corro— chilló al sentir que la llenaba por completo y antes de poder hacer algo por evitarlo, se desplomó sobre la mesa.

Al correrse, en vez de apartarse, dejó que su dueño continuara cogiéndosela sin descanso. Esa nueva posición hizo que el glande que tenía incrustado chocara con la pared de su vagina y entonces se puso a gritar desesperada. Su pasión se desbordó y ya sin disimulo, le pedía que siguiera follándomela dejando claro su papel de sumisa.

Albert, convencido que esa iba a ser la primera vez de muchas, incrementó la velocidad de sus arremetidas mientras recogía entre sus manos esos juveniles pechos.

— ¡Tienes unas tetas maravillosas! — exclamó pellizcando sus pezones.

— ¡Son tuyas! — berreó como posesa.

Con sus caderas convertidas en un torbellino, Julia buscó el placer del cincuentón mientras su cuerpo se estremecía sobre la mesa del despacho. Su siguiente orgasmo fue brutal y mientras se mordía los labios, le pidió que se derramara en su interior.

La niña tímida había desaparecido totalmente, y en su lugar apareció una hembra ansiosa de ser tomada que, pegando alaridos, intentaba calmar su calentura. Entonces fue cuando el abogado se dio cuenta que no iba a poder aguantar mucho más, y apoyando las manos en sus hombros forzó su asalto mientras la rubia no dejaba de licuarse en su interior.

—Muévete puta— exigió con un nuevo azote sobre las ancas de la mujer.

Las carnes de Julia temblaron al sentir ese golpe y con mayor insistencia usó sus caderas para ordeñar a su mentor.

—Lléneme con su semen— rogó la cría al sentir que su clímax no perdía

intensidad.

Su entrega azuzó el placer del cincuentón, de forma que no tardó en sentir que se aproximaba su propio orgasmo y por eso pensando en lo mucho que le pondría embarazar a esa criatura, se dejó llevar derramando su esperma en el interior de la muchacha.

Julia recibió con gozo la semilla de su mentor y mientras sentía como la verga de Albert se vaciaba en el interior de su sexo, se corrió por tercera vez mientras juntos cabalgaban hacia su entera degradación.

El maduro, cansado y agotado, se desplomó sobre ella permaneciendo así durante un tiempo hasta que ya recuperado, la levantó de la mesa y acercando su boca a la de ella, la besó mordiendo cruelmente sus labios.

Julia interpretó ese mordisco como solo una sumisa sabe hacer y llena de dicha pensó que, con esa acción, Albert la estaba reclamando para sí.

—Mi señor, tengo miedo de que no se repita.

El hombre soltó una carcajada al oírla y muerto de risa, la contestó:

—Por eso no te preocupes, a partir de esta noche, ¡eres mía! ¡Solo mía!

La sonrisa y la cara de alegría con la que recibió sus palabras le hizo adivinar que junto a ella podrían descubrir nuevos horizontes y perversiones. Por ello y mientras comenzaba a vestirse, comentó:

—Todas las mañanas al traerme el café, me recibirás con una mamada.

—Así lo haré mi señor— contestó y poniendo cara de niña buena, se atrevió a mencionar a su jefe que seguía teniendo su tanga a modo de pañuelo.

—Es verdad, putita. Gracias por recordármelo... por cierto, no quiero verte jamás con bragas.

— ¿Desea algo más? – con voz sensual preguntó.

—Sí, tenemos que buscar un picadero donde pueda someterte a mis juegos sin peligro que alguien nos vea. ¿Te parece bien?

— ¡Maravilloso!

El brillo de felicidad con el que esa rubia replicó le hizo saber que al fin había encontrado una perra con la que disfrutar sin tenerse que preocupar por las consecuencias....

Como tantas tardes, Marián llegó a su piso agotada tras todo el día trabajando en el Tribunal Superior de Justicia. Ese curro ya no la satisfacía, le parecía insufriblemente monótono y solo lo soportaba como medio para lucrarse.

«¡Qué ganas tengo de mandar todo a la mierda e irme al Caribe!», murmuró mientras abría el grifo de su yacusi, «Necesito un baño que me relaje».

Siguiendo una rutina de años, cogió una esponja y se empezó a desmaquillar frente al espejo todavía vestida.

«Me estoy haciendo vieja en ese zulo», protestó para sí al ver el inicio de lo que con unos años sería una arruga.

Para una mujer que se sabía y se sentía bella, el paso del tiempo era una amenaza siempre presente porque no en vano había hecho de su cuerpo una herramienta con la que llenar de ceros su cuenta corriente. Por ello y con una sensación de derrota, fue retirando todo resto de maquillaje del contorno de sus ojos para acto seguido hacer lo mismo con el rímel de sus pestañas.

«Por mí, me iría mañana a una playa alejada de todo», se dijo mientras se lavaba la cara con agua templada.

Su soñada jubilación era no tener nada que hacer mientras el banco trabajaba para ella, vivir sin preocupaciones dando rienda suelta a su desafortada sexualidad. Desde niña era consciente que su cuerpo tenía unas necesidades que solo podía apaciguar acostándose a todo aquel que se le pusiera a tiro. Le daba igual un hombre o una mujer, su adoración por una buena polla era compatible por la satisfacción que sentía al comerse un coño. Aunque su furor uterino le había servido para granjearse una fama a la que no dudaba en sacar rédito económico, también y no pocas veces le había causado algún problema.

Al pensar en ello, recordó la vergüenza que paso cuando estaba con una pareja que estaba casada y en mitad de la cita se le ocurrió coquetear con el camarero. Al llegar al hotel donde se iban a hospedar, el tipo estaba enfadado y la informó que la iba a castigar:

— ¿Qué prefieres que te folle en el pasillo o en el balcón?

Todavía era inexperta y por ello ninguna de las dos opciones le pareció bien, pero dado que era la hora de la comida los pasillos estaban "bastante" concurridos y el balcón daba a la calle, escogió el balcón pensando que, como el

hotel estaba a las afueras, con suerte no pasaría nadie.

«Me equivoqué», pensó rememorando el modo en que la hizo desnudar y en cómo solo la había dejado mantener los tacones.

«El muy cabrón sabía que no iba negarme», se dijo bastante acalorada mientras en su mente reproducía la escena donde contra su voluntad tuvo que agarrarse a la barandilla y poner su culo en pompa mientras el tipo se sacaba el pene del pantalón.

«Ni siquiera me dejó prepararme antes de metérmela», recordó con satisfacción cómo estuvo a punto de caerse por el balcón por la fuerza con la que se la folló, «menudo espectáculo le dimos al chaval que estaba fumando en la calle».

Después de tantos años, recordó que su reacción natural fue intentar entrar a la habitación pero que su amante no la dejó, sino que tirándola del pelo la obligó a mostrarse aún más regalando al inesperado voyeur de una perfecta visión de su pecho balanceándose mientras le clavaba toda su polla hasta el fondo.

Reconociendo que en ese momento se quería morir de vergüenza y que se le tragara la tierra por la vergüenza que el muchacho estuviera viendo como estaba siendo brutalmente follada, también tuvo que admitir que al contemplar su cara de asombro se había excitado.

«Me corrí como una puta», sonrió mientras comprobaba la temperatura de la bañera.

Se percató que ese recuerdo le había afectado al quitarse el sujetador y comprobar su propia excitación en sus pezones.

«Definitivamente estoy cachonda», reconoció y conociéndose al meterse en el jacuzzi se llevó el e—book porque quería leerse “Pintor de soledades”, un libro bastante subido de tono que se acababa de bajar.

Durante unos minutos pareció tranquilizarse, pero al llegar a una escena donde el escritor narraba con todo lujo de detalle la pasión entre el protagonista y su musa, notó como su sexo se incendiaba y aprovechando su soledad, comenzó a masturbarse casi por instinto.

«Dios, un hombre así es lo que necesito», se dijo añorando una pareja que la comprendiera, pero sobre todo que satisficiera su enorme apetito sexual.

Para entonces las caricias que se estaba regalando ya habían elevado su calentura y mientras se veía siendo ella la dueña del hotelito de Costa Rica, recogió entre sus dedos el botón que se escondía entre sus pliegues y lo pellizcó.

Marián sintió que un aguijonazo de placer la recorría por completo al

hacerlo y cerrando sus ojos, se imaginó que en vez de sus yemas era la lengua del personaje la que se hundía en su vagina.

«Me encantaría que alguien me tratara así», pensó con la respiración entrecortada al leer la dedicación con la que el pintor buscaba el gozo de la hotelera antes que el suyo y ya sin poderse contener separó sus rodillas mientras se torturaba los pechos como en el libro le ocurría a Soledad.

Sintiéndose parte de la historia, se contagió del calor que desprendían esas páginas y tratando de imitar la sensación de ser tomada en plan salvaje, comenzó a darse golpes con la mano abierta sobre su clítoris mientras buscaba con un dedo su punto G.

Dada su experiencia en esas lides, no tardó en encontrarlo en la parte inferior de su vagina y usando dos de sus yemas acarició esa zona sabiendo que con ello no tardaría en correrse como una perra en celo.

Tal y como había previsto, solo le hicieron un par de minutos estimulando esa área para que de su interior surgiera como un tsunami el placer que derribó todas sus defensas.

— ¡Ámame! — gritó a su inexistente pareja mientras su cuerpo colapsaba presa del orgasmo.

Todas las células de su cuerpo sintieron la sacudida eléctrica que, naciendo en su sexo, recorrió su anatomía. Con su coño hirviendo, se vio desbordada por las sensaciones al soñar que algún día se podría comprar una hacienda como aquella, donde dar rienda suelta al furor que la consumía.

«En cuanto Albert me pague, renunció y me voy», sentenció convencida que estaba perdiendo su juventud con la vana esperanza de incrementar aún más su cuenta bancaria, «es ahora o ¡nunca!».

Mientras eso ocurría, a pocos kilómetros de su casa, El abogado estaba pensando en ella y en cómo abordar dicho pago. Acababa de recibir los dos millones en billetes y tras retirar su cincuenta por ciento, le entró la duda si haría bien en llevárselo en persona.

«Cuanto menos me vean con ella mejor», recapacitó al saber lo ilegal que era todo eso.

Además, tenía que recoger la caja con las muestras y eso era lo que realmente le daba miedo porque si lo pillaban con esas pruebas en su poder, se iba directo a chirona. Estaba meditando qué hacer cuando de pronto entró su becaria en el despacho preguntando si deseaba algo.

Notó en seguida que esa rubia venía a recibir una ración de azotes antes de irse de la oficina y eso le hizo caer en la cuenta de que podía usarla como mensajera. La sumisión y entrega que había demostrado desde que descubrió su carácter hacían de ella una candidata perfecta para llevar a cabo la transacción. Su inexperiencia y la candidez con la que obedecía sus órdenes le permitiría encargarle esa tarea sin tener que contestar preguntas.

«Es perfecta, nadie sospecharía de alguien tan joven», se dijo mientras la observaba esperando su respuesta.

Aun así, decidió que la invitaría a cenar para lejos de la oficina planteárselo. Para su sorpresa al preguntárselo, Julia contestó:

—De acuerdo, pero con una condición.

El hombre no se esperaba esa respuesta. Pensando que le iba a pedir un aumento de sueldo por hacer horas extras, le entraron ganas de abofetearla porque ese no era el modo de comportarse de una sumisa. Estaba a punto de soltarle un guantazo, pero en vez de dárselo, le preguntó qué quería:

—Me gustaría que antes de irnos, me folle sobre la mesa de su despacho.

Aterrorizada por su propio descaro, la muchacha estuvo a punto de caer de rodillas implorando su perdón al ver que su jefe no le contestaba y se dirigía a la salida, pero cuando ya temía que le dejara con las ganas, cerró la puerta con llave y girándose, sonrió:

—Eres una puta— dijo mientras se despojaba de sus pantalones.

Sin darle tiempo a echarse a atrás, Julia se quitó las bragas y levantando su falda, se agachó sobre la mesa dejando el culo en pompa. El abogado al llegar a su lado no dijo nada. Únicamente puso la cabeza de su glande entre sus lubricados labios y de un solo golpe, le clavó toda su verga en el interior de la chavala. Para ella, fue alucinante experimentar como ese maromo entraba en sus entrañas llenándolas por completo y a pesar de que nunca había sentido una invasión tan masiva, aun así, gritó de placer.

— ¡Qué gusto! — sollozó al ser penetrada por tamaño estoque y sin pensar que podía haber alguien en la oficina que escuchara mis gritos, comenzó a berrear como una loca.

Ese maduro la doblaba en edad, pero su pene estrellándose una y otra vez contra la pared de su vagina la estaba partiendo por la mitad. Creyó morir y que superior me estaba llevando al cielo antes de tiempo al por el ritmo con el que se la follaba. Con cada estocada le faltaba el aire y solo cuando lo sacaba, sus pulmones podían respirar mientras el indeseable de su jefe seguía con su falo

castigando su ya rozado sexo.

La manera en que estaba disfrutando esa guarra hizo comprender a Albert que se aproximaba su clímax y cogiéndola entre sus brazos, la empezó a empalar sin que sus cincuenta kilos fueran un impedimento. Convulsionando de placer, Julia sintió como la levantaba con una mano mientras con la otra apoyada sobre la mesa, mantenía el equilibrio.

—Dios mío— aulló al temer que ese salvaje la estuviera destrozando por dentro, pero temiendo aún más que dejara de hacerlo, le pidió que continuara.

El abogado contagiándose de la pasión de su becaria la mordió en el hombro mientras se desparramaba en su interior. Ella se volvió correr al sentir su leche anegándole el sexo y agotada, se desplomó en sus brazos.

Albert, tras depositar a su becaria en el sofá, se empezó a acomodar la ropa mientras le decía:

—Si te portas bien, después de cenar, te daré otro repaso.

Julia encantada respondió:

—Siempre me porto bien.

—Eso espero. Si quieres seguir siendo mi puta, así debe ser...

Al despertar, Albert estaba especialmente contento. Durante la noche anterior, Julia se había comportado como una hembra ansiosa de sexo, sin tabúes, dispuesta a todo y que, para colmo, disfrutaba ejerciendo de sumisa.

«De haberla conocido antes, me hubiese ahorrado mucho dinero y muchos problemas», sentenció recordando de mal humor lo sucedido con su anterior asistente.

Y es que, para su sorpresa, no solo se había mostrado encantada con los azotes sino también cuando le colocó unas pinzas en sus pezones.

«Es una joya que pienso pulir con esmero», se dijo imaginando a la rubia atada encima de un potro de tortura.

Esa imagen despertó su alicaída libido y contra su voluntad, deseó que en vez de ser su mujer quien estuviera desayunando frente a él, fuera la rubia.

«La pondría a ordeñarme de inmediato», sentenció molesto al recordar que hacía casi dos años que su esposa no le regalaba una mamada.

Desde el principio, su esposa le había dejado claro que ella era una señora y no una de sus pilinguis.

«Será buena madre, pero es un coñazo en la cama», murmuró para sí mientras apuraba el café.

Como siempre, se despidió de ella con un beso en la mejilla y ya en el coche, se puso a organizar mentalmente el día. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que a primera hora tenía una reunión con sus socios y eso además de hacer imposible que Julia le recibiera con la felación acostumbrada, encima le daba poco tiempo para organizar con ella la comida donde ella entregaría el dinero a la pelirroja.

«Mierda, con lo que me apetecía vaciar mis huevos», masculló mientras aceleraba con la esperanza de llegar antes y así poder disfrutar de esos labios.

El denso tráfico de Barcelona, esa mañana, le impidió cumplir su deseo y por ello cuando la becaria entró a su despacho con una sonrisa, le tuvo que decir que tenía prisa. Julia al oír que no iba a poder saciar su sed, frunció el ceño sin quejarse abiertamente.

Su jefe sonrió al ver su decepción y le prometió que iba a intentar terminar antes que ella se tuviese que ir al restaurant, tras lo cual, sacando la llave de un cajón, abrió una caja fuerte camuflada en la pared.

Para sorpresa de la muchacha, Albert le dijo que fuera metiendo los fajos de billetes en un maletín mientras se los daba.

—Mi señor, me da horror llevar tanto dinero por la calle— sollozó la muchacha impresionada al cerrar el maletín porque, aunque le había anticipado que se iba a encargar de pagar un tema, jamás se había imaginado que la deuda fuera un millón de euros.

El justificado temor de la rubia hizo pensar al cincuentón si no estaba depositando demasiada confianza en una cría y llamando a su chófer personal, le informó que subiera a su despacho de inmediato y que no se moviera de allí, hasta que al mediodía iba llevara a su becaria a una comida, haciendo hincapié en que tenía que acompañarla hasta la mesa.

El empleado, más que habituado a las rarezas de jefe, aceptó sin darle mayor importancia mientras pensaba que con ello se aseguraba que el dinero llegara a su destino. Aunque no dudaba de la cría, no era cuestión el tentar al peligro y que, viéndose con esa fortuna, saliera huyendo.

Julia suspiró aliviada al oírlo. Más tranquila, observó cómo Albert cerraba esa caja, dejando en su interior una cantidad de dinero al menos comparable con el que ella debía hacer entrega.

«Sabe que soy de fiar», pensó impresionada con la confianza que su jefe y dueño estaba depositando en ella.

A pesar de sus prisas, Albert esperó a que llegara su chófer y al verle entrar, se despidió de la rubia lamentando no haber tenido tiempo de disfrutar de ella antes de la reunión.

De vuelta en su mesa, la becaria se puso a trabajar tratando que el día a día le hiciera olvidar que en pocas horas conocería a Marian, la pelirroja que había encandilado al cincuentón.

«Por lo que sé es irresistible», rumió en silencio mientras involuntariamente se empezaba a calentar con la esperanza de estrenar su lado lésbico con ella, «ojalá se encapriche de mí y decida seducirme. No tendría mejor maestra».

La idea de caer entre sus brazos profundizó la curiosidad que sentía por entregarse a una mujer y decidió que llegado el momento no dudaría en aceptar ser suya, tras lo cual, se puso a cerrar los asuntos que tenía abiertos sobre su mesa por si esa tarde no volvía a la oficina.

Sin el jefe cerca, Julia se pudo concentrar y tres horas más tarde, había terminado de redactar los escritos que se debían presentar el lunes. Ya sin tareas urgentes y viendo en el reloj que todavía tenía treinta minutos, la joven optó por dedicar ese tiempo a arreglarse. Por ello, cogiendo su bolso, se dirigió al baño.

Frente al espejo, dudó como maquillarse. Le apetecía pintarse los ojos de un modo atrevido y realzar con ello su belleza, pero tras pensarlo dos veces decidió exactamente lo contrario, usar un tono natural con el que acentuar su juventud y de esa forma que esa mujer no viera en ella una competidora sino una presa.

«No hay cosa que más excite a un cazador que la inocencia», murmuró al verse reflejada en el espejo.

Deseando dar esa impresión, se pintó los ojos con colores suaves para dotar a su mirada de una estudiada languidez que hiciera aflorar en quien la mirara el deseo de protegerla. Una vez había conseguido ese efecto, se maquilló ligeramente haciendo ver su rostro más delineado y delgado, incrementando así su supuesta indefensión. Y para terminar ese estilo inocente y angelical, se aplicó en los labios un rosa brillante.

«Parezco una colegiala», sentenció satisfecha al ver el resultado, «no va a poder dejar de intentar seducirme y darme caza».

De vuelta a su mesa, informó al chófer que estaba lista y cogiendo el maletín del dinero, tomaron juntos el ascensor. Al llegar al garaje, el conductor le abrió la puerta para que entrara en el flamante automóvil de su jefe y eso provocó que Julia se sintiera importante.

«Me podría acostumbrar a esto», reconoció para sí mientras se sentaba en el asiento.

Asumiendo que pocas veces podría disfrutar de ese lujo, no le importó el atasco con el que se encontraron camino del restaurante y comportándose como una nueva rica, se dedicó a observar desde la ventanilla al resto de los mortales como si ella fuera de la élite.

Al aparcar y ver que llegaban con quince minutos de retraso, se empezó a

preocupar no fuera a ser que cansada de esperar la pelirroja se hubiese marchado y por ello muy nerviosa azuzó a su acompañante a darse prisa. Por fortuna, reconoció a la tal Marian sentada en una mesa y haciendo acopio de valor, se acercó a ella.

— ¿La señorita Antúnez? — dijo casi tartamudeando — Soy Julia, la asistente de don Albert Roser.

Extrañada, Marian le pidió que se sentara y le explicara que hacía ahí, pensando quizás que el acuerdo se había roto y que al final no conseguiría el dinero con el que retirarse. La becaria, muerta de vergüenza, comentó que a su jefe le había surgido un problema y que no queriendo quedar mal, la había mandado a ella.

La ausencia del abogado despertó las suspicacias de la pelirroja, pero al fijarse que la rubia abrazaba un maletín, comprendió que el cretino de su jefe había mandado a esa niña para evitar que alguien pudiera relacionarla con ella.

«Yo hubiera actuado igual», asumió con tranquilidad mientras daba un repaso a la recién llegada.

Julia se removió incómoda en su silla al advertir el evidente escrutinio al que la estaba sometiendo esa despampanante mujer.

«Es más bella de lo que me imaginaba», pensó mientras con una voracidad impropia de una dama, los ojos de Marian recorrían sus pechos.

Para entonces, la joven se sentía un trozo de carne que su jefe había lanzado a esa leona para que lo devorara antes de reunirse con ella. Temblando de miedo al saberse inferior, Julia preguntó por la caja que debía de recoger.

—Como podrás comprender, no la tengo aquí— Marian respondió luciendo una sonrisa que lejos de tranquilizar a la joven, la alteró aún más.

—Mi señor me ha dado instrucciones concretas de no volver sin ella— replicó la rubia sin darse cuenta del modo en que se había referido a su jefe.

Ese desliz en cambio, no le pasó desapercibido a la pelirroja, la cual captó de inmediato que entre el abogado y su asistente había una relación que desbordaba los límites profesionales.

—Pues entonces, tendrás que venir por ella a mi casa— contestó.

Sabiendo que no podía negarse, Julia asintió con la cabeza. La dócil

reacción de esa cría incrementó las sospechas de Marian y deseando confirmar de algún modo, que tras esa cara niña buena se escondía una sumisa de libro, la pelirroja llamó al camarero y sin pedirle opinión, eligió tanto su comida como su bebida.

— ¿Te gusta lo que he pedido para ti? — preguntó mirándola a los ojos cuando el empleado del local ya se había ido con la comanda.

—Lo que usted desee está bien— respondió la becaria firmando con ello su perdición.

Habiendo certificado que su acompañante era el zorrón personal del abogado, se despertó la faceta más dominante de Marian y sin que Julia pudiese hacer nada por evitarlo, la empezó a acariciar por debajo de la mesa. Tal y como había previsto, la muchacha no intentó retirar la mano que abiertamente estaba recorriendo sus muslos. Eso incrementó aún más su sensación de dominio y cediendo a sus más oscuros apetitos, le pidió que separara las rodillas.

Incapaz de desobedecer, Julia la miró desconsolada mientras abría de par en par sus piernas, dando con ello, vía libre a los dedos de la mujer. Obsesionada con el juguete que el destino había puesto en su camino, Marian trasteó con sus yemas entre los pliegues del sexo de su víctima mientras decidía qué hacer. La humedad que encontró al explorarlos refrendó el hecho que sus toqueteos estaban excitando a la rubita y deseando explorar los límites a los que podrían llegar, directamente le preguntó si le molestaba lo que ella estaba haciendo.

Sin levantar sus ojos de la mesa, la becaria contestó con no. Esa respuesta permitió a la pelirroja sumar otro clavo al suplicio al que la estaba sometiendo y violando su intimidad con uno de sus dedos, le preguntó si alguna vez había estado con alguien de su mismo sexo.

—Todavía no— respondió la rubia asumiendo que esa tarde iba a ser su estreno.

Al escuchar que era primeriza, Marian sacó su mano y llamando al camarero, le pidió que rellenara sus copas dejando a Julia descolocada e insatisfecha.

—No te preocupes— comentó al ver la decepción de la muchacha: – Hoy tendrás la oportunidad de saber si te gusta.

Esa nada sutil promesa alivió en parte la desazón de Julia y venciendo la vergüenza que sentía, contestó:

—Estoy deseando que sea usted mi maestra.

La carcajada de la pelirroja retumbó entre las mesas del selecto restaurant....

Mientras la becaria se ocupaba de pagar la cuenta con cargo a su jefe, Marian llamó a su contacto para que le llevara a su casa, la caja con las muestras que había robado y que había mantenido en su poder hasta que le hiciera el pago.

— ¿Tienes mis veinte mil euros?

—Los tengo – respondió esta mientras miraba de reojo a la cría que no tardaría en poseer.

La juventud de la muchacha y su belleza habían activado sus hormonas y no veía el momento de besar esos labios carnosos.

«Espero que sea tan obediente conmigo como con su jefe y que no salga huyendo cuando la obligue a comerme el coño », se dijo y temiendo que se asustara, decidió tomarse su tiempo para conquistarla. A pesar de ello en cuanto se sentó a su lado en la limusina y aprovechando que llevaba minifalda, cogió la mano de la rubia y la dejó caer sobre sus muslos, para tantear de esa forma la reacción de su acompañante.

Julia no se esperaba que le exigiera tocarla, pero no por ello rechazó la idea y comportándose como la pelirroja esperaba, empezó a acariciar los muslos de la treintañera. Tras comprobar que no la rechazaba y que los dedos de la becaria se dirigían a su entrepierna, susurró:

—Tienes unos deditos muy traviosos.

La rubia fue incapaz de contestar porque en ese momento toda su atención estaba centrada en disfrutar de la estremecedora sensación de sentir, en sus yemas, la suavidad de la piel de esa mujer y sabiendo que su atrevimiento no la estaba molestando, fue acercando sus dedos lentamente al desconocido destino que para ella representaba una vulva.

Marian no pudo más que sonreír al saber que la rubita no tardaría en descubrir que no llevaba bragas y queriendo que sorpresa no la dejase paralizada, soltó un dulce gemido que la ayudara a sentirse segura.

La lujuria de ese suspiro azuzó a Julia en su camino y con sus pezones totalmente erizados, llegó hasta las inmediaciones del sexo de la pelirroja. Al detectar la ausencia de ropa interior, no lo dudó y retiró con cuidado los

húmedos pliegues en busca del botón que se escondía en su interior.

—Me gusta que seas una zorrita obediente— sollozó al comprobar la suavidad con la que Julia se estaba apoderando de su clítoris.

Pensando en facilitar sus caricias, Marian separó las rodillas. Ese gesto hizo que la chavala se aventurara a dar otro paso y sin pedirle permiso, la vio arrodillarse entre los asientos para acto seguido acercar la lengua hasta su sexo y no contenta con ello, le diese un largo pero tierno lametazo.

—Sigue putita— ordenó al sentir que su cuerpo empezaba a vibrar.

Aterrorizada por no saber quizás como hacer que una mujer se excitara, pero dominada por el agrisado sabor de ese chocho que recorría sus papilas, Julia se adentró entre los pliegues de la vagina de Marian haciendo que uno de sus dedos fuera marcando una serie de círculos alrededor del volcán que podía ver crecer entre los labios de su partenaire.

«¡Qué rico está!» musitó para sí mientras su miedo se iba diluyendo y con más confianza se ponía a mordisquear ese manjar.

Marian apenas notó que su pareja fuera primeriza en esas lides y con la respiración agitada, intentó relajarse para disfrutar del placer que sólo otra mujer podía darle. Le costó hacerlo al comprobar que la rubita alternaba las caricias entre su coño y su ano, consiguiendo con ello intensificar su deseo.

Mientras su conductor espiaba a través del retrovisor lo que estaba pasando, los gemidos de la pelirroja no tardaron en adueñarse del interior del vehículo al percatarse que pocas veces había sentido una boca como aquella sobre su sexo. Una lengua que se adentraba en ella hasta lo más profundo y que para su sorpresa, la inexperta rubia estaba demostrando ser toda una maestra lamiendo y mordisqueando su clítoris como no lo había hecho nadie.

—Ni se te ocurra parar antes de que me corra— chilló retorciéndose de placer al sentir que nuevamente una de las yemas de Julia se adentraba en su ojete.

—No lo haré, mi señora— respondió levantando su mirada la chavala.

Al confirmar en los ojos de la pelirroja que sus maniobras estaban teniendo éxito, reinició su dulce ataque introduciendo su lengua hasta el fondo de la vulva de la mujer, sabiendo que junto a ella iba a descubrir las delicias del amor lésbico.

—Comételo como te gustaría que yo te lo comiera— escuchó que le decía.

Esa orden provocó un cortocircuito en Julia, la cual olvidando que ella era la sumisa, cerró su mandíbula en torno al erecto botón de la que sentía su dueña.

Marian no supo cómo reaccionar al sentir la inesperada violencia con la que esa dulce criatura la mordió y menos cuando incrementando la rudeza de su embestida, forzó los límites de su abertura con tres de sus dedos.

Sorprendida por el dolor que la consumía no fue capaz de quejarse y ello azuzó a Julia a continuar con el castigo, pensando que eso era lo que se esperaba de ella.

— ¡Dios! — consiguió decir al fin la pelirroja cuando contra todo pronóstico el sufrimiento mutó de sopetón en placer y antes que pudiese asimilar lo que sentía, se corrió dando sonoros gritos sin importarle siquiera que a través de los espejos el chofer fuera testigo de su claudicación.

El brutal orgasmo que sacudía a la pelirroja despertó una nueva faceta en Julia, la cual presa de su propia excitación zarandeo con dureza el coño de su víctima con yemas y sus dientes sin advertir que con ello cambiaba de chip de objeto sexual a despiadada dominante.

— ¿Te gusta verdad puta? — escuchó Marian mientras su sexo era acuchillado por las uñas de la rubia.

—Mucho— gritó no reconociendo en ella a la cachorrita que estaba disfrutando de esa ruda agresión.

La entrega de esa mujer aceleró el cambio en Julia y saboreando el dominio que tenía sobre ese bellezón se atrevió a pellizcar con su otra mano las duras tetas de la pelirroja. Esta recibió la tortura de sus pezones con renovado placer y en contra de lo que había experimentado durante su vida, llegó nuevamente a un sorpresivo clímax al sentirse en manos de esa cándida rubia con cara de ángel.

Con todas sus neuronas a punto de sucumbir por la intensidad de lo que estaba experimentando, Marian nada pudo hacer cuando la becaria se apoderó de sus labios y la forzó a besarla mientras le decía:

—Eres tan perra como yo y en cuanto lo sepa mi señor, no dudará en ponerte un collar alrededor de tu cuello.

Aunque trató de evitar ser su presa, en su mente nació un deseo por conocer de primera mano lo que se sentiría siendo propiedad de alguien y en vez de revelarse, contestó con tono afligido:

—Por favor, seré tuya pero no me exijas que lo sea de nadie más.

Esa respuesta destanteó a la mocosa y no la respondió porque bastante tenía en asimilar lo que había sentido al ejercer de ama. Marian aprovechando que habían llegado a su destino, le pidió permiso para subir a su casa y ocuparse de pagar al sujeto que había robado las muestras. La rubia, todavía perpleja y sin

haber digerido las novedades, se lo dio pensando en que con ello iba a cumplir con la misión que Albert le había encomendado.

Con una inusitada prisa, la pelirroja acompañada por la becaria y el chofer subió a su piso. En el descansillo, la esperaba su contacto y sacando un sobre, lo intercambió por la caja. Tras lo cual, dándosela al empleado del bufete, le pidió que se lo llevara a su jefe.

Al despedirse, el nerviosismo cundió entre ellas porque para ambas era nuevo lo que iba a suceder. No en vano, mientras una jamás había sido sumisa, a la otra en la vida se le había pasado por la cabeza ser dueña absoluta de una mujer.

Por ello casi temblando Marian abrió la puerta de su apartamento, sin saber qué era lo que iba a ocurrir a continuación. Al percatarse que la rubia tampoco tenía claro qué hacer, le puso una copa y le pidió que la esperara un momento. Con el maletín del dinero bajo su brazo, entró en su habitación y levantando dos tablas del suelo que disimulaban un compartimento secreto, vació su contenido ahí sin darse cuenta de que debido a su propio nerviosismo se había olvidado de cerrar la puerta.

Esos escasos sesenta segundos fueron suficientes para que Julia asimilase su nuevo papel y por ello cuando la pelirroja retornó a su lado, le soltó:

—Pon música y desnúdate para mí.

La autoridad de esa chiquilla produjo un terremoto en el interior de Marian y con una dubitativa excitación, no pudo más que obedecer sintiendo que su coño se licuaba mientras elegía una canción.

— ¡Qué coño esperas! ¡No quiero tenértelo que repetir! — escuchó a la becaria decir.

El tono serio y cabreado de Julia incrementó la calentura de la burócrata, la cual sintiendo sus bragas mojadas decidió no hacerla esperar y siguiendo el ritmo de la música abrió la cremallera de su minifalda dejándola caer al suelo con un sensual movimiento de caderas.

—Para ser tan vieja, tienes buenas patas— comentó desde el sofá cruelmente la chavala.

El menosprecio de sus palabras no consiguió minorar el ardor que Marian sentía entre sus muslos y convencida de poder seducirla gracias a su espléndido cuerpo, comenzó a desabrochar uno a uno los botones de su camisa sintiendo la calidez de la mirada de la becaria mientras lo hacía.

— ¿Te gusta como lo hago o prefieres que vaya más despacio? — se atrevió a decir viendo que Julia la observaba con la boca abierta.

Jamás se esperó que, levantándose de su asiento, esa niña se acercara a ella y le soltara un tortazo mientras le recriminaba que se hubiera atrevido a hablar sin haberle dado permiso. El dolor de su mejilla no fue nada en comparación con la humillación que sintió al darse cuenta de que ese castigo la había puesto como una moto y que, contra su voluntad, tenía como esarpas los pezones.

—Lo siento, ama— musitó avergonzada con la cabeza gacha.

Que la pelirroja se refiriera a ella como su dueña maximizó la sensación de poderío que Julia sentía. Por ello perdonó esa nueva afrenta y en vez de castigarla, la azuzó a continuar con su striptease.

Más insegura de lo que había estado en su vida, Marian se despojó de la blusa mientras dos gruesos lagrimones recorrían sus mejillas. Afortunadamente para ella, en ese momento la rubia impresionada por la visión de esa mujer en ropa interior exclamó:

— ¡Hay que reconocer que estás muy buena!

Ese piropo sirvió para subirle la autoestima y bailando al son de la canción, se llevó las manos al broche del sujetador, liberando sus pechos. Julia no pudo

más que boquear al observar que a pesar de su tamaño, las tetas de la pelirroja se mantenían firmes y duras pero lo que realmente la dejó anonadada fue reparar en la dimensión de sus areolas.

«Son enormes», dijo para sí al compararlos con los suyos.

Marian sintió un pinchazo en su interior al ver su cara y deseando complacer a esa chiquilla, no dudó en pellizcárselas para conseguir endurecerlas aún más. Su maniobra, cuyo objetivo era impresionar a la becaria, azuzó la necesidad que sentía por seducirla y dominada por unas sensaciones que nunca había conocido, acercó sus tetas a Julia dándoselas como ofrenda.

Al ponérselas a escasos centímetros de su boca, la rubia no se lo pensó dos veces y mientras se apoderaba con los dientes de uno de esos pitones, usó sus dedos para torturar el otro retorciendo cruelmente su pezón.

La repentina brutalidad de la chavala elevó hasta límites insospechados la lujuria que Marian sentía y contra toda lógica, se corrió disfrutando del castigo. Julia, al reparar en el placer que consumía a su adversaria, acentuó su dominio sobre ella llamándola puta mientras prolongaba su dolor incrementando la presión del mordisco.

La combinación de ese insulto con el renovado martirio demolió las últimas defensas de la burócrata, la cual sin poder reaccionar se puso a llorar sin dejar de pedirle que la hiciera suya.

—Si quieres que lo haga, termina de desnudarte. Quiero comprobar antes si tienes limpio el chumino— sonriendo, Julia contestó.

La crueldad de esa angelical cría desmoralizó a la pelirroja porque en su interior ya era brutal su necesidad por agradarla y temía que, al observar la inundación de su sexo, la despreciase por ser una vulgar zorra. Aun así, se despojó del tanga de la forma más sensual que pudo.

—Para ser una gallina con multitud de tiros, tienes un coño bonito— se carcajeó Julia al observar los hinchados pliegues que lucía su víctima y antes que esta pudiese reponerse del ultraje, le exigió que se abriera con las manos los cachetes porque quería ver su ojete.

Si la intención de la becaria era humillarla, falló porque a Marian solo le importó que valorase positivamente la hermosura de su sexo y con una desaforada alegría, se puso de rodillas y separando sus nalgas, exhibió su rosado ano ante la que extrañamente consideraba ya su dueña.

La rubia sonrió al ver su cerrado esfínter y aprovechando la sumisión de la treintañera, introdujo sin ningún tipo de preámbulo dos de sus yemas en ese apetecible agujero.

— ¡Dios! — sollozó Marian al sentir el áspero modo en que forzaba su trasero, pero no hizo ningún esfuerzo por evitarlo porque, aunque no lo comprendiera, eso no hacía más que maximizar la urgencia por entregarse a ella.

Durante unos segundos, Julia disfrutó follándole el culo, pero al advertir que la guarra estaba a punto de correrse, la dejó en el suelo y se sentó en el sofá. Sintiendo ese abandono, la pelirroja estuvo a punto de echarse a llorar, pero cuando ya estaba a punto de hacerlo, escuchó que la otra le decía:

—Estoy cansada, hazme un masaje en los pies.

Sin entender qué esa orden la pusiese tan feliz, Marian se acercó a ella y de rodillas, la descalzó como si fuera una princesa y ella su más leal súbdita.

— ¡Qué belleza! — murmuró en voz baja al tener en sus manos esos pies blancos y regordetes con las uñas pintadas de un extraño color anaranjado.

Sintiendo ese piropo como una exaltación de su poder, Julia se tumbó a lo largo sobre el sofá, sabiendo que en esa posición la treintañera tendría una visión perfecta de sus muslos y entrepierna.

Ni siquiera tuvo que ordenar que empezara porque Marian estaba entusiasmada con la sensación que había experimentado al tocárselos y descubrir que estaban húmedos por el sudor acumulado durante el día que, nada más verla acomodarse, se puso a masajearle la planta de los pies.

—Así me gusta, una putita dócil y complaciente — musitó la becaria cerrando los ojos para centrarse en el placer que le producía tener a ese pedazo de hembra mimándola.

La treintañera sonrió al oírla y confirmando su sumisión, se dedicó a acariciar dulcemente mientras de reojo seguía la reacción que sus mimos producían en la rubita.

«No puede ser que me ponga tan bruta servirle», protestó mentalmente al tener presente lo mucho que le apetecía comerle el conejo.

Buscando un sustituto, acercó su boca a uno de los deditos que estaba mimando y sacando la lengua, lo lamió. Al comprobar que Julia reaccionaba a esa caricia mordiéndose los labios, su corazón dio un vuelco y ya sin reparo alguno acarició, besó y chupó uno a uno los diez dedos de la muchacha mientras sentía que con renovadas fuerzas volvía su excitación.

«¿Qué me ocurre?», se preguntó al notar que con cada lametazo era mayor su calentura e incapaz de contenerse, se llevó una mano a su propia entrepierna y se puso a masturbar.

Asumiendo que no le había dado permiso de tocarse, Marian se sentía

culpable pero no por ello dejó de restregar con fiereza su clítoris mientras con la boca se ponía a mamar uno de los pulgares como tantas veces había mamado las pollas de sus parejas. Era tal la calentura que esa humillante misión le producía que no tardó en correrse y a pesar de hacerlo en silencio, al levantar su mirada, supo que su infracción no le había pasado desapercibida a la muchacha.

Incompresiblemente, Julia no se molestó en regañarla, sino que, luciendo una sonrisa, le espetó:

—Ya te vale, te has corrido antes que yo. Ahora tendrás que esmerarte más si no quieres que te castigue.

—Perdón, no he podido evitarlo— avergonzada replicó la pelirroja: —¿Qué puedo hacer para compensarlo?

Muerta de risa, la perversa chiquilla la preguntó dónde tenía los consoladores. Marian dudó si mentirle porque si le decía el lugar donde los escondía, junto a ellos encontraría todo tipo de artilugios.

—En ese armario— reconoció señalando uno que estaba en su habitación al sentirse impotente e incapaz de engañarla.

Julia comprendió por la expresión desolada de la pelirroja que ocultaba algo y por ello sin decir ni agua va, se levantó dejando a Marian temblando sobre el sofá. Al abrir las puertas de par en par, comprendió la zozobra de la mujer porque perfectamente acomodados descubrió no solo una extensa colección de ellos sino también una variedad inmensa de otros juguetes sexuales.

—Eres una cajita de sorpresas— comentó al comprobar hasta donde llegaba la perversión en materia sexual de esa pelirroja y llamándola a su lado, le dijo: —Desnúdame, que tengo ganas de explorar lo puta que eres.

Aterrorizada y excitada por igual, Marian se acercó a su dueña gateando. A pesar de verla ronroneando mientras esperaba órdenes. Julia no se terminaba de creer que esa burócrata estuviera ansiosa por ser suya y menos que voluntariamente se hubiese entregado a ella sin ningún tipo de reparo. Y es que desde niña había hecho de la sumisión su forma de ver la sexualidad y en ese momento, se sentía extrañamente excitada teniendo a Marian a su merced.

«No entiendo que es lo que me ocurre», se dijo al notar que todo su ser estaba deseando abusar de la pelirroja. Acostumbrada a obedecer, la sensación de poder que en ese momento amenazaba con colapsar sus neuronas era totalmente nueva pero no por ello menos atrayente y por eso, no reconociéndose, la exigió que empezara a desnudarla.

Marian bastante tenía con asimilar lo suyo para fijarse en la lucha que se

libraba en la mente de la cría y contrariando su pasado, obedeció y llevando sus dedos hasta el vestido, se puso a desabrochar uno a uno sus botones.

«¡Es preciosa!», pensó al ir descubriendo centímetro a centímetro la rotundidad del escote de la chavala y sintiendo qué entre sus piernas la humedad de su coño amenazaba con desbordarse por sus muslos, se relamió al pensar en que no tardaría en verla en pelotas.

—Quítame el sujetador— escuchó que con tono duro le decía mientras dejaba caer su ropa al suelo.

Al verla únicamente con ropa interior, Marian sintió que sus rodillas flaqueaban y es que tal y como había anticipado, esa rubita tenía un cuerpo de escándalo. Absorta en su canalillo, la pelirroja llevó sus manos hasta el broche y abriéndolo, observó los juveniles pechos de la muchacha con una fascinación cercana a la locura.

A Julia no le pasó inadvertida la excitación de Marian y experimentando una novedosa sensación de poder exigió a la treintañera que tomara posesión de sus tetas con su boca.

Temblando como si ella fuera la novata, la treintañera acercó su cara a esas dos bellezas y sin hacerse de rogar, se puso a recorrer con su lengua los bordes de los rosados pezones de la criatura mientras esta aprovechaba para magrear sin ningún tipo de vergüenza su trasero.

El gemido que involuntariamente brotó de la garganta de Marian al sentir como amasaba sus cachetes le hizo saber de su entrega y a pesar de que le estaba gustando el modo en que mamaba de sus pechos, Julia comprendió que debía tomar posesión de esa mujer antes que no pudiese contener su propia lujuria.

Por ello separando a la treintañera se despojó del tanga y cogiendo del armario un arnés, exigió a su presa que lubricara su coño con la lengua. Marian se sintió desfallecer al probar por vez primera el agrisulce néctar de su dueña y por ello recibió con disgusto cuando esta sustituyó su boca por el consolador que llevaba adosado ese instrumento.

—Ponte a cuatro patas, puta— la ordenó mientras se lo abrochaba a la cintura.

Julia se vio azuzada a someterla al comprobar que la treintañera obedecía de inmediato y mientras trataba de digerir el placer que eso le producía, se puso a jugar con el enorme pene de plástico entre los pliegues del coño de Marian.

La indefensa mujer al sentir como su coño era forzado por esa monstruosidad y a pesar del dolor que sintió al ser empalada, no hizo ningún intento por zafarse sino al contrario, con un estremecedor grito confirmó su entrega diciendo:

— ¡Soy tuya!

Ese desesperado aullido incrementó la faceta dominante de la becaria, la cual experimentando forzó los límites de su montura a base de violentos empujones mientras se sentía cada vez más cómoda en su papel.

—Muévete puta— le exigió descargando una sonora nalgada sobre su trasero.

En cuanto sintió esa ruda caricia relinchó impresionada porque, lejos de enfurecerla, la violencia de la chiquilla había exacerbado su necesidad de ser usada y por ello al recibir el segundo, fuera de sí, la imploró que continuara.

—No puedes negar que necesitabas alguien que te enseñara— comentó sonriendo al escuchar esa súplica y haciendo caso a los deseos de la antiguamente altiva pelirroja, castigó sus nalgas con una serie de duros mandobles mientras aceleraba la velocidad con la que la penetraba.

El dolor de su trasero se unió con el placer que sentía en su interior dejándola sin respiración al sentir como su cuerpo era sacudido una y otra vez por el enorme trabuco que la becaría llevaba a la cintura y por ello, nada pudo hacer cuando Julia la tomó de la melena y tirando de ella, llevó su boca hasta la de ella.

—Nunca me hubiese imaginado que tenías alma de esclava— murmuró la rubia para acto seguido darle un cruel mordisco en los labios.

Con sus ojos llenos de lágrimas, Marian sufrió nuevamente los embates de un brutal orgasmo y sintiéndose a merced de la rubita, se desmoronó llorando sobre las sábanas mientras en su mente lamentaba y disfrutaba por igual de la pérdida de su libertad.

Julia, al saber que su presa se había rendido, se dejó llevar y probó por vez primera el gozo de sentirse dueña de una persona y quitándose el arnés, se acomodó en la cama mientras decía a su cautiva:

—Devuélveme el placer que te he regalado sin merecerlo.

Marian, a pesar de estar agotada, supo que era su deber complacer a su

dueña y sumergiendo su cara entre los muslos de la becaria, buscó con alegría el
cancelar

esa deuda...

Albert acababa de recibir las muestras cuando recibió la llamada de su asistente, pidiéndole que se acercara a casa de la pelirroja. Por un momento dudó si era conveniente aparecer por allí, pero al escucharla decir que tenía una sorpresa para él que le haría muy feliz, decidió olvidar toda prudencia y tras pedir la dirección, salió escopetado para allá.

Durante el trayecto, el abogado se hizo muchas conjeturas acerca de lo que se iba a encontrar y en todas ellas, Julia era la parte pasiva. En su cerebro había visualizado a la becaria siendo azotada por Marian e incluso se la había imaginado colgando de una viga, pero jamás pudo prever que al llegar al apartamento iba a ser recibido por la rubia totalmente desnuda y que, tras darle un beso en la mejilla, le llevara al dormitorio y le mostrara sobre las sabanas a esa ambiciosa mujer atada de pies y manos.

— ¿Que está pasando aquí? — preguntó el abogado anonadado al observar que a modo de cola la pelirroja llevaba un consolador incrustado en el trasero.

Muerta de risa, Julia se permitió coger una fusta y soltar una andanada sobre la espalda de la indefensa antes de contestar:

—Resulta que además de zorra, esta putita tenía una vena sumisa que no tardé en descubrir y como estoy agradecida por sus enseñanzas, he decidido compartir mi esclava con usted.

El cincuentón tardó en reaccionar y solo lo hizo cuando la cría incrementando la humillación de la burócrata, le comentó que la había preparado para que la sodomizara nada más llegar.

Ni en sus mejores sueños, Albert había concebido una situación como esa, pero no deseando perder la ocasión de tomar posesión del culo con el que había soñado durante semanas, se comenzó a desnudar mientras su asistente forzaba a su futura víctima a comerle el coño.

—No me explico cómo has conseguido someterla — comentó dejando caer su pantalón: — Te tengo que reconocerte que creía que iba a suceder exactamente al revés.

—He tenido un gran maestro — replicó con tono dulce y mientras hacía

sonar un llavero en su mano, se vanaglorió que no solo Marian era su sumisa, sino que incluso le había dado unas llaves de la casa para no tener que llamarla cuando quisiera usarla.

—Algún día te las pediré— murmuró Albert y más interesado que nunca en tomar posesión de ese monumento que esperaba indefenso su ataque, se acercó a la cama ya totalmente desnudo.

Julia no pudo más que reír al ver que se colocaba con el pene erecto tras la pelirroja y sintiéndose en la gloria, exigió a esta que le siguiera chupando el chumino mientras azuzaba a su jefe para que rompiera sin contemplaciones el culo a esa mujer.

El abogado no se lo pensó dos veces y sacando el dildo del trasero de Marian, lo sustituyó con su pene de un único empujón.

El alarido de la burócrata resonó en la habitación al experimentar la brutalidad con la que Albert la había acuchillado pero atada y con la mano de su dueña sujetándole la cabeza contra su coño, nada pudo hacer para evitar que el abogado siguiera forzando su ojete.

—Dios, es más estrecho de lo que había supuesto— sentenció emocionado al sentir la presión que ese conducto ejercía sobre su verga cada vez que se la metía.

Sufriendo lo indecible, Marian no había conseguido relajarse cuando de improviso una explosión casi le rompe los tímpanos. Medio atontada se giró hacía la puerta y por ello pudo ver como cuatro uniformados entraban armados en su cuarto.

— ¡No se muevan! ¡Quedan todos detenidos! – escuchó que le decían.

Atada como estaba, obedeció mientras la joven rubia se echaba a llorar impresionada. El abogado con el pene totalmente erecto intentó encararse con los agentes hasta que el fiscal hizo su aparición.

Marian al ver a Pedro supo que la había descubierto, pero curiosamente eso no le preocupó porque toda su atención estaba centrada en Julia. Por ello cuando uno de los polis la desató, olvidándose del que, además de ser el causante de su caída, era su supuesto novio, intentó consolarla diciendo:

—Tranquila, tú no has hecho nada— es más, en un descuido de sus captores, le susurró al oído: —No digas nada del dinero, jamás lo encontrarán.

A pesar de sus intentos, la becaria siguió sollozando desconsolada mientras una vez vestida la esposaban. Tal era el volumen de sus llantos que incluso el cornudo se apiadó de ella y llevándola a un lado, le preguntó que tenía que ver con esa pareja.

—Soy la amante de mi jefe— contestó sin revelar su participación en lo que había pasado— y estoy aquí porque Albert me prometió una tarde divertida con una zorrita.

No teniendo datos que la incriminaran más allá de su presencia, Pedro la creyó y contraviniendo todas las reglas, al trasladar a los tres a comisaría, se la llevó en su coche queriendo confirmar su inocencia.

Durante todo el recorrido, intentó sonsacarle más información, pero el estado de nervios de la muchacha le impidió sacar nada en claro.

«¿Será solo una víctima de las circunstancias o formará parte de este tinglado?», se seguía preguntando al no ser capaz de olvidar la escena de sexo extremo de la que había sido testigo y de cómo Marian se preocupaba de ella.

Tras interrogar a los sospechosos principales y que ninguno de ellos, la señalara como cómplice del delito, tuvo que dejarla libre porque no tenía base para seguir deteniéndola.

—No se vaya de la ciudad en los próximos días por si necesito algo de usted— dijo a su pesar al despedirse de ella porque quitando los celos que sentía no tenía nada en su contra...

EPÍLOGO.

Dos semanas después al sentir que el avión despegaba de El Prat, Julia respiró y acomodándose en su asiento, sonrió al saber que en doce horas estaría a salvo en un país del caribe en el que no había convenio de extradición con España. Una vez entre sus playas, cambiaría de identidad porque, a pesar de haber quedado libre sin cargos, debía tomar todo tipo de medidas para que nadie la molestase y así poder disfrutar del dinero que se había quedado.

Con las llaves de Marian en su poder, no tuvo problema en entrar en su piso y vaciar el compartimento oculto bajo el suelo de su dormitorio. Tampoco se encontró con ningún impedimento para apropiarse del botín que su jefe escondía en su despacho porque debido quizás al desconcierto que provocó su detención en la oficina, nadie puso inconveniente en que recogiera sus pertenencias.

«Menudos cretinos, no queriendo saber nada que tuviese relación con él, no pusieron a nadie a vigilar lo que me llevaba».

Y mientras se quitaba los zapatos para ponerse cómoda, recordó su sorpresa al descubrir que Albert había convertido todo lo obtenido ilegalmente durante los años de ejercicio de la abogacía en certificados al portador del tesoro americano, que eran prácticamente imposibles de rastrear.

«Gracias, querido amo. Me ocuparé de gastar esos diez millones en tu honor. Solo espero que nunca te enteres que fui yo quien hizo la llamada que os delató», y cerrando los ojos, se puso a soñar en la vida de placer y lujo que le esperaba....

FIN
